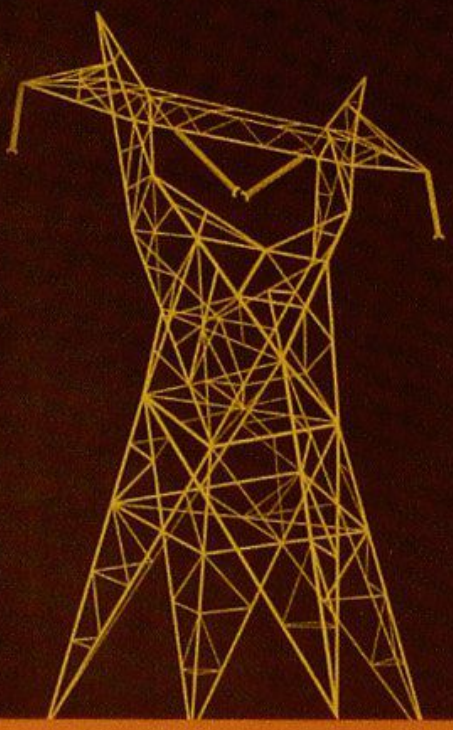
Introducción y selección de textos Josep Maria Roselló



¡Viva la naturaleza!

Escritos libertarios contra la civilización, el progreso y la ciencia (1894-1930)

virus editorial

¡VIVA LA NATURALEZA!
ESCRITOS LIBERTARIOS CONTRA LA CIVILIZACIÓN, EL PROGRESO Y LA CIENCIA (1894-1930)

Introducción y selección de textos
Josep Maria Roselló

virus editorial

creative commons

LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:
- **Autoría-atribución:** se deberá de respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre se hará constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.
- **No comercial:** no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
- **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.
- Estas condiciones se podrán alterar sólo con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar http://creative commons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© de los textos y traducciones, las autoras y los autores
© de la presente edición, Virus editorial

Título:
¡Viva la naturaleza!
Escritos libertarios contra la civilización,
el progreso y la ciencia (1894-1930)

Maquetación y diseño de la cubierta: Virus editorial

Primera edición: marzo de 2008

Virus editorial/Lallevir S.L.
C/Aurora, 23 baixos
08001 Barcelona
T./fax: 93 441 38 14
c/e.: www.viruseditorial.net

Impreso en:
Imprenta Luna
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbo
T.: 94 416 75 18
C/e.: luna-im@teleline.es

ISBN-13: 978-84-96044-94-4
Depósito legal:

ÍNDICE

Introducción 7
Hacia el estado natural 8
Las bases naturien 8
Emile Gravelle 10
El movimiento naturien 10
Henri Zisly y Henri Beylie 11
La vida en la naturaleza 12
Hacia la vida natural 13
El cambio de siglo 13
Los néo-naturien 14
El naturocratismo 15
Los crudivegetalinos individualistas 16
Crudivegetalismo 16
Butaud y Zaikowsk 16
Rimbault 17
Y más allá de Francia 17
La difusión 17
La Península Ibérica 18
Notas 19

TEXTOS

Oposición a los civilizadores (1896) 22
Errores propagados: la ferocidad del hombre (1896) 23
Nuestras bases. Demostración (1897) 25
La ciencia es el mal (1897) 41
Proyecto de colonia naturien en Francia (1898) 43
Revolución (1898) 46
Correspondencia (1898) 49
El incesto (1901) 50
Hacia la conquista del estado natural (1902) 52
El hombre y la naturaleza (1903) 55
Naturaleza y civilización. Diferencias a remarcar (1905) 63
El nomadismo (1907) 65
Declaramos (1908) 67
El hombre y los animales (1914) 68
Regeneración humana, científica y racional (1921) 73
A los naturistas de todos los países (1922) 77
Vegetalismo (1924) 78
Hacia el robinsonismo (1924) 81

Bibliografía 87

A François Bochet y (Dis)Continuité

5221
121

LA NOUVELLE HUMANITÉ

ARTS
NATURE
LITTÉRATURE

Administration

Librairie Roffé; Angle des Rues Ramey et Ribeon Paris

Y adresser Bons de poste ou Timbres

Toute Copie qui nous parviendra sera insérée s'il y a lieu.

An I. — N° 2
5 septembre 1895

Toute publication qui nous annoncera et nous commentera sera priée de nous envoyer le N° où il sera question de nous.

Envoi Gratuit aux Camarades, Journaux, Revues, etc

INTRODUCCIÓN

Es merito del historiador Jean Maitron el redescubrimiento del movimiento naturien a pesar del aire condescendiente con que lo trata. Desde la publicación de *Le mouvement anarchiste en France* (1975), ocupan el lugar correspondiente en cualquier referencia al naturismo libertario y, también, quizás abusivamente, al moderno ecologismo.

En 1993, la revista *Invariance* publica un extenso suplemento con una reproducción de textos originales, *Naturiens, végétariens, végétaliens et crudivégétaliens dans le mouvement anarchiste français (1895-1938)*. Al año siguiente la segunda parte, un nuevo suplemento *Communautés, naturiens, végétariens, végétaliens et crudivégétaliens dans le mouvement anarchiste français (1895-1938)*. Diez años más tarde han sido reeditados por (Dis)Continuité. En ambas ocasiones se cuenta con la introducción y presentación de textos de François Bochet.

Maitron califica de «fastidioso» el estudio de este movimiento porque frecuentemente cada componente, según él, tiene su propia concepción[1]. Tanguy L'Aminot, que sí ha profundizado en su estudio, busca una sistematización en el pensamiento naturien cuando un movimiento se caracteriza por todo lo contrario[2]. Una organización está acotada en el tiempo, el espacio y las ideas, en cambio un movimiento es un conglomerado donde se pueden encontrar elementos indicativos de tendencias pero no siempre definitorios del conjunto. Por ello, se ha escogido la forma de antología de textos para cuya selección se han seguido los siguientes criterios:

– Es una selección introductoria.
– Prioriza los textos naturien por ser los más originales.
– Por este mismo carácter expositivo, no se entra en señalar las polémicas con otros sectores del movimiento anarquista, pues aportan poco al conocimiento de los naturien.

– Sobre los vegetarianos y crudivegetalinos se recogen textos diferentes a los publicados en la Península sobre el mismo tema.
– El extenso texto de Phusis se incluye por varias razones: la primera, por haber sido traducido en la época; la segunda, porque Phusis es consultado por todos y, la tercera, por ser un resumen de las ideas expuestas en su obra más conocida *La Chute de l'Humanité* (La Caída de la Humanidad) (1920), cuya publicación en castellano fue anunciada sin que haya constancia de que se llevara a cabo.

Para acabar, si no se especifica lo contrario, las traducciones son del autor.

HACIA EL ESTADO NATURAL

Hombre,
Animal maligno y laxo, que, sólo, la vanidad hace actuar.
¿Sabes lo que canta el lagarto al sol?
Tablettes d'un Lèzard, 1898

LAS BASES NATURIEN

Tablettes d'un Lèzard (Pequeñas memorias de un Lagarto) era la canción más emblemática, en sus tiempos, de Paul Paillette (1844-1920), obrero cincelador y, después, *chansonnier* en los cabarets de un Montmartre anarquista del París de la Belle Époque. Un Montmartre separado del corazón de la capital por campos y molinos, donde Paillette canta contra la civilización ensalzando la naturaleza, ante un auditorio mayoritariamente obrero. Paillette era naturien[3].

A finales del siglo XIX, en la Francia del positivismo científico y

del auge del desarrollo capitalista surgen, entre los libertarios, los naturien.

La iniciativa parte de Emile Gravelle con la publicación de *L'Etat naturel*, cuyos cuatro números aparecen entre 1894 y 1898. Las bases del movimiento están expuestas en el n.º 3, correspondiente a julio-agosto de 1897:

En el estado natural, todas las regiones fértiles de la Tierra poseían una flora y una fauna originarias abundantes y variadas, y habiendo la estadística establecido las cifras de superficie y de población de los países conocidos, nosotros afirmamos:

Que la miseria no es inevitable.

Que con la sola producción natural del suelo se obtiene la abundancia.

Que la salud es la condición normal de la vida.

Que los males físicos (epidemias, enfermedades y deformidades) son obra de la civilización.

Que los desastres llamados naturales (avalanchas, inundaciones, sequías...) son consecuencia de los atentados contra la naturaleza llevados a cabo por el hombre.

Que no existe el mal tiempo, sino movimientos atmosféricos siempre favorables.

Que la ciencia no es más que presunción.

Que la creación de lo artificial ha determinado el sentido de propiedad.

Que el comercio y especulación sobre lo artificial ha engendrado el interés, ha depravado al individuo y ha desencadenado la lucha.

Que el progreso material es fruto de la esclavitud.

Que las instituciones y condiciones sociales son contrarias a las leyes de la fisiología humana.

Que no hay buenos ni malos instintos en los hombres, sino simplemente satisfacción o insatisfacción de los instintos.

Que la prostitución no existe en el estado natural.

Que la humanidad busca la felicidad, es decir, la armonía.

Que la armonía para la humanidad reside en la naturaleza.

Van firmadas por «Los Naturien Propagandistas» y les siguen una relación de dieciocho nombres.

EMILE GRAVELLE

Emile Gravelle (1855-1920) nace en Douai, al norte del país vecino, pero se afinca en París como dibujante y pintor[4]. Además de editar *L'Etat naturel*, publica los dos únicos números del folleto satírico ilustrado *Le Sauvage* (1898), y colabora en el resto de prensa naturien y en otras publicaciones libertarias. Durante la I Guerra Mundial aporta su colaboración a *Pendant la Mêlée* de E. Armand.

La tarea de Gravelle no se reduce a la edición, y los artículos y sus ilustraciones son tan elocuentes como sus escritos. Una de las portadas de *L'Etat naturel* representa a un robusto hombre primitivo, orgulloso de vivir libre entre la abundancia de alimentos propia del medio natural, dando el alto a todo un símbolo de la civilización del que sobresale el frontal de una locomotora de vapor. Otro ejemplo es *Le Sauvage*, donde otro hombre primitivo sentencia con el brazo en alto y el índice extendido:

> *¡Las Ciudades-infierno convertidas en los rojos hogares del Odio serán abandonadas!*
>
> *¡La Humanidad sabedora de las causas del Mal, derribará el Árbol de la pretendida ciencia!*
>
> *¡Por el triunfo de la naturaleza sobre lo artificial, la Tierra recuperará su verde cobertura!*
>
> *¡Y los hombres reencontrarán entonces la alegría de vivir!*

Según Zisly, Gravelle tiene la autoría del termino «naturien».

EL MOVIMIENTO NATURIEN

La aparición de *L'Etat naturel* propicia nuevas publicaciones como los veinte números de *La Nouvelle Humanité* (1895-1898), de Henri Zisly y Henri Beaulieu (también Beylie), y los cuatro de *Le Naturien* (1898) de Honoré Bigot.

En estos años se va consolidando un equipo de colaboradores y una pequeña pero muy activa red de grupos e individuos extendida por gran parte del territorio galo. En París se crean grupos en los barrios de Montmartre, el Barrio Latino y La Bastilla. Fuera de la

capital, los encontramos en poblaciones como Nimes, Limoges, Toulon y Toulouse, entre otras.

A pesar, según parece, de no sobrepasar en mucho el centenar entre militantes y simpatizantes, sus planteamientos anticientíficos crean controversia en los medios anarquistas, dando paso a las primeras acusaciones: anhelar el retorno de la humanidad al estado primitivo.

No nos extenderemos en los contenidos, dado que los textos seleccionados ya abordan la cuestión, solamente añadir una referencia a la situación del anarquismo francés durante este periodo. Después de los años de atentados, la consiguiente represión policial ocasiona la casi desaparición del movimiento anarquista organizado; pero, por otra parte, también genera una necesidad del aquí y ahora del nuevo mundo soñado, sin esperas eternas de un futuro e incierto gran amanecer revolucionario. En este sentido, puede incluirse a los naturien y a aquél en el origen de los llamados *milieux libres*, es decir, el conjunto de experiencias de comunidades libertarias creadas en los años posteriores.

Uno de los fundadores naturien, Alfred Marné, también lo es del salvajismo con su publicación de un solo número *L'Age d'Or* (1898). En un principio es vista, por el resto de naturien, como una corriente hermana y extrema —por lo de tomar la naturaleza tal como es—, para, después, contar con su oposición, principalmente, la de Gravelle y la de Zisly.

Otro sector muy interesado en los naturien parece ser la propia policía, si tenemos en cuenta los minuciosos informes que sobre ellos constan en sus archivos históricos[5].

HENRI ZISLY Y HENRI BEYLIE

Mientras Gravelle es sistemático en su exposición y busca argumentos para sustentarla, Zisly es mucho más literario y de verbo inflamado en esta primera época.

Henri Zisly (1872-1945) nace y vive en París, falleciendo a causa de un accidente. Lamparero en la Compañía de Ferrocarriles del Norte[6], es expulsado de ella en 1915 por un artículo antipatriótico. Introducido en el movimiento naturien por Gravelle, sigue en esta línea toda su vida.

Escribe varios folletos. El primero de ellos *En Conquête vers l'Etat Naturel* (1899) se convierte en la avanzadilla naturien por las lenguas a que es traducido y la difusión que ello le facilita.

En 1905 publica un número único de *L'Ordre Naturel* en donde expone su pensamiento acerca del anticientifismo. Anteriormente también había escrito en verso *Voyage au beau pays de Naturie* (1900).

Zisly, sin proponérselo, es como el cronista del movimiento, debido a los datos que va facilitando del mismo a lo largo de su abundante escritura en prosa y en verso.

El también parisino Henri Beylie (1870-1944), de profesión contable, es amigo de Zisly y junto con Gravelle son los tres fundadores naturien más conocidos. Más analítico que su amigo, va evolucionando, sin embargo, hacia posiciones más acordes con el anarquismo que, en estos años, califica de cientifistas, como en su folleto *La conception libertaire naturienne* (1901). Beylie es además un activo militante antibelicista que participa en la creación de la Liga Antimilitarista (1902).

LA VIDA EN LA NATURALEZA

Individualmente o en colectivo los naturien no sólo ensalzan la naturaleza y denigran la civilización, también viven o experimentan formas acordes con su pensar. Ejemplos de ello son Dufour y Tchandala.

Eugene Dufour pasa temporadas viviendo en bosques o a la orilla del mar. Poco después lo encontramos en Nueva Caledonia donde, desnudo, habita una cueva, se alimenta de frutos silvestres y bebe agua del arroyo. Algunos años más tarde, en 1912, funda en Tahití la colonia Natura.

Weiss-Aloïse, «Tchandala», es el protagonista de una de aquellas anécdotas de escasa trascendencia, pero que queda en el recuerdo colectivo: su primera asistencia a una reunión naturien la realiza todavía vestido de legionario. Tchandala es quien realiza el intento más sistemático de argumentación naturien en su obra *Le Naturisme libertaire devant la civilisation* que, tras cuatro años de demoras editoriales, ve la luz en 1903. En ella busca antecedentes históricos en pensadores como Lao Tse, Buda o Rabelais, pero también relata, en-

tre otras, su estancia con los mujongs que, según su propia experiencia, viven en estado natural en las montañas del Alto Tonkin. Estancia que posteriormente repetirá.

Con las primeras publicaciones naturien ya surge el proyecto de fundar una colonia e incluso se intenta realizar una recogida de fondos, infructuosa, debido a la escasez económica de los interesados. Se da también el caso de que cuando tenían todas las ilusiones puestas en un terreno que les ofrecían en Cantal, el propietario retiró su ofrecimiento ocasionando el abandono del proyecto. Hay que esperar hasta 1902, cuando empieza a tomar forma el proyecto de colonia de Vaux al que dan apoyo los naturien más conocidos. La experiencia se inicia al año siguiente, siendo Beylie el contable. Vaux se mantiene hasta 1906, siguiéndole otras iniciativas como la de Fortuné Henry y Francis Jourdain en Aiglemont.

HACIA LA VIDA NATURAL

EL CAMBIO DE SIGLO

Las dos primeras décadas del pasado siglo sufren un triste acontecimiento que se impone al resto: el clima prebélico y la propia I Guerra Mundial. Todo el antimilitarismo que genera, la recuperación postbélica y la pandemia de gripe en 1919 con sus decenas de millones de muertos sembrados por toda Europa, absorben, como ya se ha visto, gran cantidad de energías de los medios naturien.

Sin embargo, ya había empezado un cambio de actitud que el «cronista» Zisly fecha en 1903. La red naturien pasa por un relajamiento en los vínculos, primando las iniciativas individuales o de grupos reducidos que, por otra parte, conducen al auge de los mencionados *milieux libres*.

Sin embargo, el principal cambio lo constituye el paso de la año-

ranza del estado natural, del hombre primitivo de Gravelle, a la pura difusión de las formas de vida natural.

La nueva situación la expone el mismo Zisly en su *folleto La conceptión du naturisme libertaire* (1918):

> *Los naturiens desean el retorno de la Tierra al estado natural, es decir, la vida natural sin agricultura, la naturaleza integral; los neonaturiens (o naturistas libertarios) se acomodan a la vida simple, con un poco de civilización; los naturiens igualitaristas han lanzado su formula: «administración igualitaria, siendo natural el nacimiento la vida debe serlo también»; es decir, ni amos ni esclavos, pero sí iguales con un régimen de vida simple; los harmonistas, adeptos a los principios preconizados por Raymond Ducan, quieren realizar este pensar: «trabajar por sí mismos y para sí mismos» con la finalidad de no depender de nadie ni de objetos inútiles para poder seguir una vida estrictamente natural; practicando gimnasia mediante las danzas griegas.*[7]

En estos años *La Vie Naturelle* (1907-1914 y 1920-1929), dirigida por Zisly y distribuida por suscripción, y *Le Néo-Naturien* (1921-1927), de Henry Le Fèvre, son la referencia y la forma de contacto entre ellos.

LOS NEONATURIEN

Tanto Zisly como Le Fèvre quieren exponer todas las tendencias encaminadas hacia una vida natural (incluida la naturien) pero sin establecer entre ellas ninguna preferencia ni crear teorías de tipo general. Para ambos éste es el espíritu neonaturien, un espíritu antidogmático —algo revisionista en Zisly[8]— que genera polémicas, por ejemplo, con los partidarios del vegetarianismo como alimentación propia de la especie humana y con Gravelle durante sus últimos años de vida (fallece en 1920).

Unos cuantos años más tarde, Le Fèvre elabora la entrada «Naturianisme (Néo)» para la *Encyclopédie Anarchiste* (1935) de Sébastien Faure:

Definido hoy como una concepción filosófica y social, basada en la vida natural, en el sentido más tolerante de la expresión, el neonaturianisme es etimológicamente reciente y teóricamente muy joven aún.[9]

Le Fèvre ejerce por estos años de secretario del Centre International d'Etudes Naturocratiques et Naturographiques situado en Parthenay-Les Versennes (Deux-Sèvres). En él se encontraban la documentación y los archivos naturien, neonaturien y naturocráticos.

Dentro del movimiento libertario, el sector que critica pero acoge la idea naturien es el individualismo. Las publicaciones de E. Armand y Sébastien Faure les dan cabida. Fruto de este contacto y de la propia dinámica naturien, el pensamiento individualista influye en la etapa neonaturien.

EL NATUROCRATISMO

El naturocratismo o naturocracia es un término elaborado por Le Fèvre. Pretende ser una síntesis de todas las ideas sobre la naturaleza, encaminada a vivir acorde con las leyes naturales sin que ello conduzca al fatalismo primitivista.

Para Le Fèvre el método de análisis es, a la vez, inductivo y deductivo al basarse en la constatación y el estudio de las leyes naturales. Las ideas deducidas de esta forma no deben, sin embargo, hacerse dominantes ni convertirse en una fuerza real ya que deben inspirarse, adaptarse y unirse a las fuerzas naturales, las leyes del movimiento y las de la vida.

LOS CRUDIVEGETALINOS INDIVIDUALISTAS

CRUDIVEGETALISMO

Vegetalismo es alimentarse sólo de vegetales y crudivegetalismo sólo de vegetales crudos. Esta corriente, que coexistía en perfecta armonía con el resto, es la más semejante al naturismo libertario ibérico. Su planteamiento de la alimentación vegetariana como la propia de la especie humana junto a los valores morales que la acompañan —el rechazo de los calificados como vicios: el tabaco y el alcohol— se asemeja al regeneracionismo físico-moral del naturismo libertario peninsular. Por esta razón, se han obviado algunos textos de interés puesto que se pueden encontrar muchos similares en la prensa naturista ibérica de la misma época.

Georges Butaud, su compañera Sofía Zaikowska y Louis Rimbault figuran entre las personas más reconocidas del crudivegetalismo individualista.

BUTAUD Y ZAIKOWSKA

Butaud (1868-1926) sigue una evolución desde el antiautoritarismo y el omnivorismo hacia lo que él denomina el robinsonismo. Dirige *Le Végétalien* (1924-1929) y participa en varias de las experiencias comunitarias como la ya mencionada de Vaux. Su crudivegetalismo lo desarrolla en la colonia de Bascon, poco después de la I Guerra Mundial. La víspera de su fallecimiento estaba pensando en fundar otra colonia en el Ariege. Zaikowska (1875-1939) estudia Ciencias Físicas y Naturales y sigue una actividad y evolución teórica semejante a la de Butaud, continuando en esta línea tras la muerte de

éste. Escribe la entrada «Végétalien» en la *Encyclopédie Anarchiste* de Faure.

RIMBAULT

Louis Rimbault (1877-1949) tiene formación científica y médica lo cual le permite una crítica más aguda del medicalismo así como la búsqueda de una terapéutica no reducida a la medicina, semejante —opina Bochet— a la concepción higienista de la enfermedad.

Con una biografía libertaria mucho más agitada que los dos anteriores, con cárcel incluida, participa en varias colonias hasta que en 1923 funda Terre Libérée en Luynes, colonia dedicada a la enseñanza de la vida natural a la infancia. Multiplica sus folletos y conferencias tras la desaparición de *Le Néo-Naturien*, hasta que en 1932 un accidente le deja inválido de por vida, mermando su movilidad pero no sus escritos.

Y MÁS ALLÁ DE FRANCIA

LA DIFUSIÓN

Las traducciones de Zisly a otras lenguas y las notas de prensa en las publicaciones libertarias facilitan que el movimiento sea conocido o, como mínimo, se sepa de su existencia en otros países de Europa y de Sudamérica.

Por otra parte, movimientos de las características naturien también se dan contemporáneamente en otros países, no siendo éste, sin embargo, el caso de la Península Ibérica.

LA PENÍNSULA IBÉRICA

A pesar de que el movimiento como tal es poco conocido, sí lo son, en cambio, Gravelle, Zisly y, posteriormente, Le Fèvre.

Albano Rosell[10], pionero del anarquismo y del naturismo libertario, en *Naturismo en Acción* (1922) cita a Gravelle y Zisly como los primeros en introducir el aspecto social en el naturismo[11] y, según todos los indicios, mantenía amistad con ambos.

Durante la primera etapa de *La Revista Blanca* (1898-1905), Federico Urales[12], su director, en su línea de dar a conocer las visiones del anarquismo en otros países, con un particular interés en Francia, publica un resumen del folleto de Zisly, *En Conquête vers l'État Nature*, bajo el título de «Hacia la conquista del estado natural» (1902), la argumentación de Gravelle sobre las Bases naturien con el título de «Nuestra Doctrina» (1903) y un extenso artículo de Marné, «El hombre y la Naturaleza» (1903)[13].

En años posteriores, las revistas vegetariano-naturistas *Helios* (1916-1939) y *Naturismo* (1920-1934) se refieren a Zisly y a Le Fèvre como «queridos compañeros», recogiendo alguna noticia o algún artículo de ellos.

También ocurre a la inversa, cuando Le Fèvre felicita desde *Le Néo-Naturien* la publicación de *El Catecismo Naturista* (1922) en Helios[14], o cuando Augusto Nouvellon, desde la misma publicación, comenta la labor de *El Naturista* (1922-1923), editado por Albano Rosell desde la población valenciana de Carlet:

> *¿Por qué en estas páginas nos ocupamos más particularmente de este periódico español? Porque* El Naturista *es la única publicación española que converge filosóficamente con* Le Néo-Naturien*, es decir que es combativo, educativo, ecléctico y libertario.*[15]

1 Jean Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, volumen I, François Maspero editor, París, 1975, p. 381.

2 Tanguy L'Aminot, «Presentation», en *Le Naturien*, Colección «Bibliothèque des Etudes J-J Rousseau», n.º 5, Montnorency, s. f.

3 Se utiliza el original *naturien* por carecer de traducción precisa. No es correcto hacerlo por naturistas, ya que éstos no son anticientifistas mientras que, por otra parte, la castellanización *naturiano* tiene un deje sideral que suena como venusiano.

4 Una parte de los datos biográficos corresponden a los facilitados por Eric y Cathy en http://ytak.club.fr/index.html.

5 Citado por Tanguy L'Aminot. Ver nota 2.

6 Encargado de la lamparería. En esta época significaba estar a cargo del mantenimiento, aprovisionamiento y encendido de los faroles fijos y portátiles de iluminación o señales en trenes y estaciones. Los primeros folletos de Zisly, el libro de Tchandala y un ejemplar de *L'Ordre Naturel* se pueden consultar en la Biblioteca Popular Ignasi Iglesias-Can Fabra de Barcelona.

7 Henri Zisly, *La conceptión du naturisme libertaire*, París, noviembre de 1918. Reproducido de *Naturiens...*, (Dis)Continuité, septiembre de 2003, p. 198.

8 En el anterior folleto también podemos leer en la p. 189: «Entendemos por "anti-cientifismo" el aplicado al estricto punto de vista industrial y mecánico, pues la naturaleza es una ciencia a estudiar, siempre a descubrir, así como a vivirla».

9 Henry Le Fèvre, «Naturianisme (Néo)», en S. Faure (director): *Encylopédie Anarchiste*, 1935, tomo 3, pp. 1775-1776.

10 Albano Rosell (1888-1964) nace en Sabadell (Barcelona) pero vive muchos años en Montevideo. Es pionero del anarquismo ibérico, pedagogo y naturista. Dentro de esta última temática publica, entre otras, *Naturismo y Educación de la Infancia* (1918), *Aspecto Médico-Social de la Dignidad Humana* (1921), *Naturismo en Acción* (1922) y la utopía naturista *En el País de Macrobia* (1928).

11 Albano Rosell, *Naturismo en Acción*, Instituto Naturista Hispano Americano, Barcelona, agosto 1922, p. 68.

12 Joan Montseny (1864-1942), más conocido por Federico Urales, edita desde Madrid, donde está desterrado, *La Revista Blanca*. En su segunda época, 1923-1936, tiene una línea editorial definida sobre naturismo libertario e individualismo. Con su compañera Soledad Gustavo y su hija Federica Montseny, publica las popularísimas colecciones «La Novela Libre» y «La Novela Ideal».

13 Estos tres textos son los únicos traducidos del periodo naturien hasta la aparición de *La Civilización es el Mal y la Naturaleza el Bien* (1894-1910), en el 2005.

14 «De Francia», en *Helios*, n.º 79, diciembre 1922, Valencia, p. 258.

15 Augusto Nouvellon, «Lettre d'Espagne: "El Naturista". Son labeur», en *Le Néo-Naturien*, n.º 9, diciembre 1922 – enero 1923, Thouars (Deux-Sèvres). Reproducido de *Communautes*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, p. 241.

La colección completa de *El Naturista* se puede consultar en la Biblioteca Central de Terrassa (Barcelona).

Cabeceras de revistas naturien

TEXTOS

OPOSICIÓN A LOS CIVILIZADORES

Después de miles de años, los pueblos que se doblegan bajo el yugo de los civilizadores se dejan burlar en nombre del Progreso, y creen que su bienestar depende de él, ¡aborrecible engaño! Accidentes de todas clases y miseria desbordante, mientras que, por otro lado, los pueblos sobre los cuales la abominable garrapata civilizadora aún no ha desplegado sus trompas succionadoras apuntan al estado natural y no se preocupan de este progreso que los gobernantes buscan hacerles tragar a golpe de cañón. Entre ellos, ningún niño muere de inanición en los senos de su madre consumida por las privaciones y la miseria; entre nosotros, civilizados, esto sucede. ¿Ve uno entre ellos una quincena de desgraciados en desorden en un tugurio infecto, sin cama, sin fuego y frecuentemente sin pan? ¡No! Ellos están al aire libre, tienen espacio, tienen salud. Si los civilizados rompen las cadenas que les ha remachado la civilización, la tierra proveerá para vivir mucho más de lo que viven. Por no hablar de Europa, encontramos que en Francia a cada individuo le correspondería una superficie común de 1,5 hectáreas de terreno fértil; en Alemania un poco más de una hectárea; en España 2,5 hectáreas; en Austria dos hectáreas; en Italia un poco más de una hectárea; en Rusia, Suecia, Noruega, se podrían proveer de 3 a 4 hectáreas, y me paro aquí pues no sobra espacio, pero podemos desde hoy afirmar que las cinco partes del mundo contienen para vivir en estado natural mucho más de lo necesario para la existencia de la especie humana.

La naturaleza no puede engendrar más de lo que ella puede sostener, si no la humanidad no tendría razón de ser y el hombre debería considerarse inferior a los otros animales. ¿Los civilizadores bárbaros no conocedores de límites, los saciados, los rateros, los egoístas, esta banda de acaparadores, estos microbios civilizados, no quieren que nadie les impida continuar su caza de montería contra la especie humana? Por no citar los países en que habitamos,

donde encontramos demasiados esqueletos cubriendo los caminos del campo, demasiados asqueados de la vida que escogen el Sena por tumba, demasiada ostentación en la Isla Notre-Dame entre las murallas repugnantes de ese castillo de los misterios que se llama la morgue, con su aspecto sombrío que te hace estremecer de horror pensando en las torturas morales o físicas que han debido de soportar las víctimas que yacen sobre sus losas; allí se muestra una de las mayores vergüenzas de la civilización:

EL CRIMEN, EL SUICIDIO, LA MISERIA

Honoré Bigot

La Nouvelle Humanité, n.º 8-9, marzo-abril de 1896
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, p. 2)

ERRORES PROPAGADOS: LA FEROCIDAD DEL HOMBRE

Para legitimar y asegurar su dominio, las religiones y los gobernantes —cómplices— desde tiempos inmemoriales representan la Tierra como un lugar de miseria. Era necesario, indispensable, incluso era urgente. Es necesario enmascarar la naturaleza y su inagotable riqueza, travestirla, representarla culpable de todos los males, sin que la versión del Paraíso desapareciera, para que la necesidad de una administración a cargo de la autoridad nos sea más aceptable, más soportable. Igualmente el hombre era representado como poseído por todos los vicios, empujado instintivamente a todos los crímenes. Pero es suficiente con estudiar la constitución física y química de la Tierra para estar convencido de la admirable armonía que representa; para poder asegurar que la superficie que ofrece a sus habitantes es diez veces mayor que la necesaria para asegurar las necesidades de su población actual; que la vegetación natural, espontánea, es suficientemente abundante y variada para alimentar —según su especie y su gusto— a los animales que sirven a las necesidades del hombre y al hombre mismo; que por todas partes se encuentran las materias pri-

mas para la morada y los vestidos, y que así la naturaleza tiene aseguradas las condiciones necesarias favorables para el desarrollo del organismo humano.

¿Pero cuáles son los resultados del desarrollo normal del organismo humano? De entrada la salud, madre de la belleza; después la fuerza muscular y el funcionamiento regular de todas las vísceras: corazón, pulmones, bolsa estomacal y entrañas. Así pues, el funcionamiento normal del cerebro en un cuerpo bien constituido, aun siendo igualmente una víscera, dará —a falta de genio o de inteligencia trascendente— un resultado mínimo que será el buen sentido. Pues el ser humano, situado en su verdadero medio, la naturaleza, y teniendo a su disposición todos los elementos naturales, podrá satisfacer sus necesidades materiales de manera independiente y —dotado de buen sentido— no será dado, en ningún caso, a experimentar un sentimiento de ira, de cólera o de envidia. Pero si uno examina la situación de la mayor parte de la humanidad en el estado llamado civilizado, donde se le priva del disfrute de los productos de la tierra y es limitada a la labor industrial cotidiana retribuida, como ya se sabe, entonces nacen los problemas de intereses, la competencia, las luchas sordas o fracasadas, y la ruindad, la codicia, el servilismo, la crueldad y la ira, surgiendo por todas partes, creados por las situaciones antinaturales en que la sociedad (léase reunión de asociados) tiene —sometida a sus leyes— a todos los que en ella viven.

Y he aquí cómo resulta que el hombre, constituido alegre y sano por la naturaleza, se convierte en feroz y desgraciado en la civilización.

Emile Gravelle

La Nouvelle Humanité, n.º 11-12, noviembre-diciembre de 1896
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, p. 6)

NUESTRAS BASES. DEMOSTRACIÓN

Nuestras bases

En el estado natural, todas las regiones fértiles de la Tierra poseían una flora y una fauna originarias abundantes y variadas, y habiendo la estadística establecido las cifras de superficie y de población de los países conocidos, nosotros afirmamos:

Que la miseria no es inevitable.

Que con la sola producción natural del suelo se obtiene la abundancia.

Que la salud es la condición normal de la vida.

Que los males físicos (epidemias, enfermedades y deformidades) son obra de la civilización.

Que los desastres llamados naturales (avalanchas, inundaciones, sequías...) son consecuencia de los atentados contra la naturaleza llevados a cabo por el hombre.

Que no existe el mal tiempo, sino movimientos atmosféricos siempre beneficiosos.

Que la ciencia no es más que presunción.

Que la creación de lo artificial ha determinado el sentido de propiedad.

Que el comercio y especulación con lo artificial ha engendrado el interés, ha depravado al individuo y ha desencadenado la lucha.

Que el progreso material es fruto de la esclavitud.

Que las instituciones y condiciones sociales son contrarias a las leyes de la fisiología humana.

Que no hay ni buenos ni malos instintos en el hombre, sino simplemente satisfacción o insatisfacción de los instintos.

Que la prostitución no existe en el estado natural.

Que la humanidad busca la felicidad, es decir, la armonía.

Que la armonía para la humanidad reside en la naturaleza.

Los Naturien Propagandistas

E. Gravelle[1], H. Beaulieu, H. Zisly[2], J. Moris, H. Bigot[3], A. Marné, Bertell, P.L. Rappelin, E. Bisson, E. Trubert, P. Paillette[4], Spirus-Gay, L. Martin, L. Letellier, A. Solel, G. Loize, E. Legentil, C. Guyot.

Demostración

El espacio reducido de estas hojas nos permite sólo una demostración muy breve de nuestras declaraciones. Nos proponemos dar a cada una el desarrollo que PRECISA en los números sucesivos de nuestra publicación.

¿Por qué la miseria no es inevitable?

La versión de la miseria como inevitable sobre la Tierra es desmentida, incluso, por la estadística oficial que establece que en todos los puntos conocidos del globo, y particularmente en los países civilizados, donde hay una mayor densidad de población, la división del territorio fértil entre sus habitantes atribuiría a cada uno (hombre, mujer, niño o anciano) un espacio más que suficiente para satisfacer sus necesidades materiales de alimentación, alojamiento y vestido.

África y América dan unas cifras fabulosas de superficie por individuo de 80.000, 600.000 e incluso 1.460.000 metros cuadrados de territorio.

Asia y Europa dan unas cifras más modestas, pero alrededor de una media de 10.000 a 12.000 metros cuadrados de terreno fértil per cápita.

Sólo Italia dispone de menos de una hectárea para cada uno de sus habitantes, pero sus zonas costeras son extremadamente ricas, y es cosa reconocida que los países meridionales poseen una atmósfera y una vegetación abundantes en nitrógeno.

---

1 Ilustrador.
2 Ferroviario.
3 Obrero industrial.
4 Trabajador de la construcción y cantante de cabaret.

Con la producción natural del suelo se extiende la abundancia

En el estado natural el suelo posee una capa de humus de una riqueza desconocida en las tierras mejor abonadas de nuestros días. Esta capa de humus es la obra de los vegetales gigantes que aparecieron primeramente sobre el globo y de los bosques que les sucedieron. Mediante la caída anual de las hojas, después de miles de años, se ha formado el mantillo o tierra vegetal que da nacimiento y sustancia a la vegetación más pequeña.

Cada año, en efecto, las hojas secas caen en lluvia espesa, se marchitan, se descomponen y se añaden al humus ya formado.

Las plantas autóctonas adquieren un desarrollo desconocido en los países civilizados. Los animales que se alimentan de estas plantas retornan sobre el mismo suelo sus deyecciones sólidas y líquidas, lo cual contribuye a conservar la economía del suelo, y cuando mueren, sus restos retornan igualmente a la Tierra.

Las plantas diversas que crecen en la capa de humus de un modo apretado entrelazan sus raíces formando una red espesa que mantiene la tierra húmeda y le impide ser arrastrada por las aguas los días de lluvia.

Precisamente el desastre se ha producido desde que el arado rompe la red de raíces protectoras y deja la tierra al desnudo, materia friable que, lavada numerosas veces por los aguaceros y la fusión de las nieves, se diluye y, como siempre hay una pendiente, es arrastrada a los arroyos y a los ríos que la llevan al mar.

La tierra primitiva ha desaparecido ya hace tiempo en los países donde se practica el laboreo.

Sin embargo, a pesar del empobrecimiento sufrido, el suelo puede todavía dar, según su latitud y la situación topográficas, la producción espontánea que le es propia: en árboles y arbustos, en bayas, granos, frutos o almendras; en plantas leguminosas, en hojas, raíces y granos comestibles, en plantas y hierbas forrajeras.

Repoblándose el suelo se enriquecerá todos los años, y la vegetación originaria recuperará su desarrollo y su sabor primitivos.

Cada país posee igualmente su fauna representada por las diferentes categorías de aves, herbívoros y peces.

Y por todas partes se hallan, además de la caverna, abrigo natural, materiales para la edificación de habitaciones: piedra, madera, arcilla... e incluso lo necesario para la vestimenta: lana, cueros y plantas textiles.

La salud es la condición normal de la vida

Los médicos declaran unánimemente que las condiciones que favorecen la existencia y la conservación de la salud, origen de la fuerza y de la belleza, son las siguientes: la residencia en plena naturaleza, en bosques y claros, la alimentación fresca y variada del individuo, el libre juego de los órganos, el ejercicio y el reposo discrecional.

Ahora bien, esta situación está al alcance de todos en el estado natural.

Los males físicos (epidemias, enfermedades y deformidades) son obra de la civilización

La palabra civilización designa el estado de una raza salida de las condiciones puramente naturales y donde el sistema de existencia, llamado sociedad, se basa en la creación de lo artificial.

Lo artificial comporta: la construcción y aglomeración de edificios formando ciudades, el establecimiento de vías de comunicación y la necesidad de establecer servicios de recogida de basuras y de higiene, la manufactura de materias químicas para la industria, la confección de objetos, muebles, vestidos, etc.

La realización de estos diversos trabajos necesita del esfuerzo societario más hábil, pero los que se han apartado de la tierra —fuente de todas las cosas— esquivaron el esfuerzo imponiéndose a los simples y a los desinteresados que se dejaron despojar de su derecho legítimo a los dones de la naturaleza.

Es por esto que vemos, a lo largo de los siglos, seres humanos esclavizados en las funciones más hostiles al organismo; los trabajos de laboreo y de desmonte, exponiendo los bronquios a la acción de las materias químicas del suelo, que se volatizan en el aire y ocasionan la otitis de los labradores y el tifus de los desmontadores; la perforación de minas sumergiendo a los individuos en una atmósfera cargada de ácidos subterráneos, la manipulación de estos ácidos en

las fábricas, intoxicando al obrero por las vías respiratorias o los poros de la epidermis; el cumplimiento de otros trabajos que suponen la exposición prolongada del individuo al efecto directo del frío, de la lluvia o del calor. Toda situación anormal determina la perturbación de los sistemas sanguíneos, biliares o nerviosos, y ocasiona afecciones y enfermedades diversas. Juntemos a esto los accidentes, caídas, contusiones, fracturas, luxaciones, lesiones internas o externas, causadas en el ejercicio de las profesiones, además de la habitación insalubre y la alimentación adulterada, y conoceremos la fuente del raquitismo, de la escrofulosis, de la anemia, en fin de todo aquello que concurre en la decadencia física de la humanidad. En lugar de decir ingenuamente de un ser que ha sido desfavorecido por la naturaleza, sería más exacto reconocer que está atrofiado por la civilización.

Los desastres llamados naturales (avalanchas, corrimientos de tierras, inundaciones, sequía...) son consecuencia de los atentados llevados a acabo por el hombre contra la naturaleza

Es aquí donde aparece el papel capital que juegan los árboles y los bosques en la economía de nuestro globo. Independientemente de su suprema función, la producción del aire respirable al cual debemos la vida, tienen también la función de proteger la tierra y los animales contra los elementos, y —por lo que se refiere sobre todo al punto que aquí nos ocupa— regulan la acción de las aguas sobre el suelo.

Cuando las alturas estaban recubiertas de árboles hasta los 5.000 o 6.000 pies de altitud, los pinos, abetos y alerces, que son los propios de estas regiones, formaban una primera barrera a las nieves que caen desde las cumbres.

Más abajo crecían los robles, los arces, las hayas, los castaños, los tilos, los fresnos y los olmos, que recibían las aguas de la lluvia sobre su follaje, y sólo la dejaban gotear lentamente sobre sus ramas y troncos `para embeber los musgos y la tierra, e infiltrarse formando luego las fuentes y cursos de agua.

Pero el hombre ha querido modificar esto. Ha traído el hacha a los bosques y desmontado las montañas hasta los glaciares. La nieve,

no encontrando ya obstáculos, desciende en avalanchas hacia los valles, los aguaceros discurren en torrentes sobre las pendientes (las inundaciones que se producen en el Midi, el oeste y el centro no tienen otro origen) arrastrando con ellas el suelo que las raíces ya no sostienen, las aguas se infiltran por las fisuras de las rocas, las arrancan y se produce el desmoronamiento.

Progreso: en invierno la inundación, en verano sequía mortal... Pero el hombre acusa a la naturaleza.

No hay mal tiempo, sino movimientos atmosféricos siempre beneficiosos

El hombre está protegido por los árboles, en verano contra los calores, en invierno contra el cierzo, las rachas, las lluvias, los aguaceros. La acción del viento es nula en el corazón de un bosque, el mismo ciclón que arranca el más grande de los árboles aislados, encalla en él. La helada y el pedrisco no tienen tampoco el mismo efecto que en campo abierto.

Los árboles, igual que las aguas, tienen aún otra función: toman durante el día el calor de la atmósfera y la restituyen por la noche, impiden de este modo las variaciones bruscas de temperatura y la mantienen favorable a los animales y a las plantas.

Teniendo a su disposición abundancia de cosas naturales, el ser humano no tiene que exponerse a la acción de los elementos. Si le place puede mantenerse a cubierto, si hace frío puede vestirse y calentarse, si hace demasiada calor dispone de la sombra de los bosques y el placer de mantenerse en ella.

El sol, el viento, la lluvia, la nieve... no son enemigos, se trata simplemente de no desafiarlos; pero la civilización obliga al hombre a hacer todo lo contrario y se queja estúpidamente del mal tiempo.

Si actualmente algunos seres sufren golpeados por la insolación en verano y por la congestión en invierno, la culpa no es de la naturaleza, la causa es la situación en que les ha colocado la civilización.

Cuando el 14 de julio[5], doscientos mil hombres son expuestos du-

5 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, día nacional de Francia celebrado con paradas militares.

rante un día al sol, no es sorprendente verles desfallecer en gran número. El hombre civilizado acusa a la radiación solar, que alcanza su máximo ardor en esta época del año para la maduración de los frutos de la tierra. Y bien, del mismo modo que el calor es indispensable para la actividad de la naturaleza, la helada y la nieve son necesarias para su purificación y reposo.

La ciencia no es más que presunción

Mediante la destrucción de los bosques, la humanidad ha roto la armonía de la naturaleza. Se ha visto sometida a la acción directa de los elementos, y también ha expuesto a todos los animales y plantas que usa para su alimentación y todos han conocido la enfermedad. La vegetación más pequeña privada de su abrigo, los árboles, es a menudo destruida por el frío, la helada o los ardores del sol... y el hombre conoce la carestía.

Desde entonces, amenazado por la enfermedad y el hambre, ha buscado y encontrado paliativos, que son ellos mismos nuevos peligros. Desforestando ha causado la extinción de la flora y la fauna originarios... Y ha tenido que cultivar; ha agotado las fuentes y cursos de agua... Ha tenido que construir canales y acueductos; ha construido ciudades, aglomerado las viviendas y los detritus... Ha conocido la epidemia y también la medicina. Su sistema de existencia se ha vuelto la antítesis de su constitución física, sus sentidos se debilitan... pero para los ojos cansados ha hecho las gafas; muletas para las piernas que flaquean, píldoras para la anemia, bromuro para la escrofulosis. Obligado a ir a buscar lejos aquello que ha destruido en su casa, ha cruzado el océano y ha naufragado, ha lanzado locomotoras por las vías férreas, locomotoras que descarrilan, chocan, aplastan y cortan brazos y piernas que son reemplazados por patas de palos y garfios.

En fin, cuando haya aniquilado todo aquello que se produce naturalmente, el agua, el aire, los animales y las plantas, se verá obligado a procurárselo artificialmente, gracias a los medios científicos, y trabajando de la mañana a la noche. *Esto será un gran progreso.*

La creación de lo artificial ha determinado el sentimiento de propiedad

Como cualquier otro animal, el hombre —en el estado natural— no considera los productos del suelo como cosas propias: el agua de los ríos, las rocas, la arcilla de los arroyos, la madera de los bosques, todo materias primas, cuyo disfrute por todos convierte en derecho la abundancia. Pero desde que el hombre aprovecha estas materias para confeccionar un objeto de adorno o útil, se opera una transformación súbita; esa roca, esa madera, esa arcilla, que hasta entonces formaba parte del dominio común, se transforman en algo interesante para el que las considera como partes individuales, y este sentimiento es legítimo. En efecto, ¿no han hecho pasar a su obra una parte de ellos mismos, su impulso, su individualidad?, ¿no se han transmitido al objeto?, ¿no le han dedicado una suma de fuerzas vitales? Hasta aquí nada de malo, el hombre no se ha atribuido la materia y no la ha transformado más que para su uso personal.

El comercio o especulación con lo artificial ha engendrado el interés, ha depravado al individuo y ha desencadenado la lucha

Es cuando emprende el comercio con su producción que un sentimiento especial se manifiesta en el hombre, sentimiento salido de su individualismo y que tiene su fuente en el instinto de conservación.

Nada es tan perfecto, en el sentir de un individuo, como su propia individualidad, todo lo que emana de ella adquiere a su juicio un valor superior a no importa qué producción extraña.

Es por esto que dos artesanos al hacer un trueque con sus productos tendrán dificultades en establecer la equivalencia. Esta situación dará lugar a un debate fértil en enumeraciones, en apreciaciones y sutilidades de todo tipo.

Inevitablemente uno de los dos contratantes se verá siempre lesionado, ya sea porque el objeto adquirido no representa realmente una suma de ingeniosidad y una perfección igual al otro; ya sea porque ha mantenido, acertadamente o no, la convicción de que su obra tenía

más méritos que la intercambiada.

Un malestar se produce ya en las relaciones interindividuales, y este malestar se manifiesta prontamente en furor, en violencia, en odio, cuando uno de los tratantes está en necesidad imperiosa de intercambiar el fruto de sus trabajos (fruto del ejercicio profesional único), se encuentra, de buen o mal grado, en la necesidad de aceptar las pretenciosas condiciones del otro.

De aquí nace la idea de la represalia, y si esta satisfacción falla habrá resentimiento y esto, según el temperamento o la situación del individuo, desencadenará una guerra abierta o encubierta.

Es entonces que entraran en juego la fuerza y la astucia.

El progreso material es fruto de la esclavitud

Privado de su derecho legítimo a los bienes naturales y colocado en la situación de adquirirlos a cambio de una suma de trabajo determinada, a menudo impuesta, el hombre ha de elegir la industria más compatible con sus facultades. Su condición de existencia queda ligada a la medida de su producción, queda atada al estudio de un trabajo único, a adquirir una buena habilidad, y sólo pone su mirada en un resultado: la ejecución rápida.

Desde entonces su función se ha vuelto mecánica, sus movimientos uniformes, su postura siempre la misma. Determinados músculos sometidos a la actividad, mientras que otros guardan una inmovilidad completa, el vigor se concentra en los órganos activos en detrimento de los otros. El equilibrio de las fuerzas corporales queda entonces roto.

El cuerpo humano, tan interrelacionado en sus partes y que tiene una estructura tan maravillosamente ordenada, puede someterse a una gran diversidad de posiciones, de movimientos, de actos, pero sin posturas prolongadas, pues de otro modo se producen desórdenes diversos, tales como la desviación de la columna vertebral entre los mozos de cuerda y los curtidores, el desarrollo monstruoso de las vísceras intestinales entre los empleados y obreros constantemente sentados, los calambres intensos de los cordeleros, sastres y escribientes, etc.

No solamente cada profesión es susceptible de producir desorde-

nes patológicos, sino que hay algunas directamente peligrosas, hasta el punto de que el más elemental sentido de la humanidad debería prohibir su práctica; tales como la fabricación de cianuro, de minio[6], de blanco de zinc[7] y mil otros productos cuya fabricación precisa el contacto con productos de los que el organismo no puede afrontar el contacto. Se objetarán las necesidades del progreso... ¡muy bonito! Ante todo, hay muchas cosas consideradas como progreso que no son necesarias en absoluto; y si la degradación del cuerpo humano es la condición de embellecimiento de la materia, uno se pregunta qué es eso del progreso.

Sería interesante saber lo que opina el individuo obligado por el hambre a la elaboración de un producto no indispensable y que ve agrietarse su piel, caer sus pelos, sus dientes, sus uñas, que siente corroerse sus huesos, agujerearse sus pulmones, corromperse su sangre; cuando experimenta todas las angustias del debilitamiento y la aniquilación de su ser.

Si los que no pueden prescindir del progreso establecido a este precio tuviesen que llevarlo a cabo ellos mismos, no hay duda de que sería pronto abandonado.

Es precisamente por razón de los aspectos peligrosos, perniciosos y perjudiciales que presenta, que el llamado progreso no tiene por artesanos más que a los desdichados desposeídos del derecho natural a la caza y a la recolección, sometidos actualmente a la condena del trabajo de por vida.

Ciertamente, el hombre se constituye por la actividad, que además le es saludable. Es precisamente por la necesidad de moverse para satisfacer sus necesidades que en el estado natural caza, se procura abrigo, confecciona sus vestidos, sus armas, se libra a ejercicios de fuerza y de lucha, y esto es su gimnasia bienhechora; pero de aquí a cumplir la función automática y desastrosa de la profesión industrial... Es necesario convenir que aquí hay un extravío.

Esto es tan evidente, que un individuo con la alimentación, el alojamiento y el vestido asegurados es absolutamente desconocido en la mina, la fábrica o la obra.

Se cita constantemente el ejemplo de Luis XVI, «el cerrajero»,

6 Compuesto de plomo, usado como protector de metales.
7 Óxido de zinc, pigmento blanco tóxico, usado también en farmacia.

pero si este monarca, para tener metal que forjar, hubiera previamente debido extraerlo él mismo de la mina, fundirlo en el horno y colarlo en barras, ciertamente se habría contentado con la cestería.

Las instituciones y condiciones sociales son contrarias a las leyes de la fisiología humana

El estudio de este punto comportaría un desarrollo muy extenso, pero el espacio muy restringido aquí no permite más que algunos apuntes.

Nos limitaremos a citar lo que es contrario al estado natural del hombre [según la transcripción falta un fragmento del escrito, seguramente un fallo tipográfico].

El acaparamiento del suelo, consagrado bajo el nombre de propiedad, lleva a la ley del trabajo forzado para los desposeídos; a las leyes de la coerción para los refractarios a esta condición; el servicio militar, periodo anormal en la vida de los jóvenes en pleno vigor; el internamiento por un tiempo o a perpetuidad de los insumisos; el celibato voluntario por prejuicio; el matrimonio de conveniencia; el derecho marital; la autoridad paterna y el derecho a sevicias; el estudio escolar para los niños antes de la pubertad; la jerarquía; la etiqueta; el servicio doméstico...

No hay ni buenos ni malos instintos en el hombre, sino simplemente satisfacción o insatisfacción de los instintos

Todo lo que tiene lugar es un hecho o un efecto.

Todo efecto tiene una causa.

Toda causa tiene un origen.

Esto ha sido así en todas las épocas, y esta constatación sería suficiente para destruir la versión de los instintos feroces y sanguinarios del hombre primitivo.

El hombre se ve impulsado por diversos instintos que le guían en la satisfacción de sus necesidades.

Primero está el instinto de la busca y de la posesión de las cosas que le son necesarias, el instinto de actividad e ingeniosidad, el instinto de abrigo y de reposo, el instinto de reproducción, el instinto de preservación y seguridad, el instinto de sociabilidad y el instinto

de libertad.

La Tierra es lo suficientemente basta y su producción lo suficientemente abundante como para permitir a la humanidad la completa satisfacción de las necesidades materiales. La totalidad puede vivir en plena satisfacción sin que la individualidad se vea lesionada o incomodada. La riqueza y la variedad de los productos terrestres descartan la necesidad de administración y consecuentemente de jerarquía, y la armonía se establece a condición de que todo esté a disposición de todos.

Este es el estado natural, la situación normal.

En el estado natural, el hombre que caza animales o recolecta plantas y frutos para su alimentación no hace más que obedecer al instinto de conservación. Esto es un acto racional. No estando nunca privado de alimento, y seguro de tenerlo constantemente, come con mesura, guiado en esto por el grado de su apetito.

¿Que desea confeccionarse armas, utensilios o vestimentas? Tiene todos los materiales a mano, y como hace sus objetos a la medida de su fuerza, de su comodidad, de su talla, nadie los codiciará.

¿Que le place recrearse con el canto, la danza o los ejercicios corporales? Como no depende más que de él mismo, no molesta a nadie y actuará con total libertad. Incluso si quiere practicar otras artes, pintar o modelar, la naturaleza le proporciona las materias primas, su ingeniosidad y su talento harán el resto, siendo los sentidos artísticos, se diga lo que se diga, una emanación puramente natural.

Después de las luchas, las danzas u otro juego, si su sangre está caliente, su epidermis sudorosa o ardiente, instintivamente va al baño, que le refrescará y le purificará.

¿Que quiere reposar? Tiene un abrigo que nadie le disputará, todos sus semejantes poseen también uno.

En fin, ¿que aspira al amor? Tomará la compañera que habrá sabido conquistar, no por la violencia sino por atracción (el rapto, la violación, el matrimonio de conveniencia son menos fáciles y más raros que en el estado civilizado, y la prostitución por miseria absolutamente desconocida). La mujer libre tampoco tiene que sufrir ninguna coerción.

Y esta libertad de la mujer y del hombre, establecida por la profusión de las cosas materiales, garantiza la evolución regular del amor;

pues, a pesar de todas las prescripciones, instituciones y denominaciones civilizadas, el amor es un apetito como otro, que sigue una evolución y demanda variedad.

Después de las emociones preliminares, tiene lugar la posesión mutua, el ardor creciente, el paroxismo, el decrecimiento y la saciedad: todas las fases sobrevenidas simultáneamente y que llevan, después de una ligazón de tiempo indeterminado, a una separación recíproca, sin desgarros y sin odio.

La progenitura resultante de estas relaciones no constituye ni un obstáculo ni una cadena para los divorciados, la naturaleza provee las necesidades de todos; y la mujer que, instintivamente, ha conservado los niños pequeños, puede tomar un nuevo compañero, sin que aquel pueda considerarlos como una carga.

¡No hay *Petits Pierres*[8] en el estado natural!

Tampoco hay inyecciones de disolventes, ni abortos, ni abandonos de niños, porque no hay ni vergüenza ni deshonor en el maravilloso acto de la procreación.

Pero en el presente, en lugar de este estado normal de cosas, con su lógica y sus consecuencias dichosas (la satisfacción de los instintos), estamos regidos por el Estado Social Civilizado, salido de la posesión del suelo por una minoría.

Nadie ha demostrado todavía la legitimidad de esta institución, pero ello no la hace menos implantada. De la imposición de esta iniquidad data el desconcierto que hoy conocemos; la situación es de total falsedad; la cuestión humana, salida de su eje, gira en el error, y nunca —a pesar de todas las sutilezas empleadas— nacerá la verdad del error.

También asistimos al espectáculo curioso de oír declarar a seres constituidos como nosotros, que la hierba del llano es suya, el agua de las fuentes y la sombra del bosque también; la carpa del estanque y la piel del corzo; de ellos también la roca de la colina y la arcilla del yacimiento. Y como ellos han tomado mil veces más que lo necesario para sus necesidades, hay una gran mayoría de desposeídos.

Es aquí, además, donde comienza la civilización.

Los desposeídos no tienen derecho a nada, y los dones de la natu-

8 Personaje literario: huérfano abandonado.

raleza no les alcanzan más que en la forma de salario de un trabajo ejecutado en provecho del poseedor de la tierra. Muy a menudo, este trabajo consiste en la caza, la pesca y la recolección al por mayor de productos naturales, por el cual se abonan algunas migajas. Esto es muy incoherente, pero es muy civilizado. En el caso en que, conscientes de su derecho a la vida y a la independencia, quieran, sin condiciones y para satisfacer sus necesidades, apropiarse de las cosas de la tierra, serán inmediatamente arrestados, juzgados y condenados por actos culpables perpetrados bajo el impulso de malos instintos; la ley es concluyente.

Cortar ramas, arrancar piedras y arcilla, construirse un abrigo donde le parezca es, igualmente, dar muestras de malos instintos; ningún hombre tiene así, en la civilización, el derecho a poner bajo abrigo su cuerpo de ningún modo.

Rehusar huir y romperle la cabeza al inoportuno que querría obligaros a hacerlo os hace semejante a los primeros trogloditas —porque se ha actuado demasiado naturalmente—, y se mancillará este acto de simple defensa atribuyéndolo a instintos de violencia.

El adolescente pobre y la chica rica que, sin obedecer a la ley de la autoridad paterna o de la sociedad, obedezcan a la ley de la atracción,

serán acusados de instintos perversos. La indulgencia es más grande para las prácticas que se establecen en los pensionados, los cuarteles, las penitenciarías y las prisiones, no estando la propiedad y el interés amenazados.

Y como se encuentran en la humanidad civilizada individuos sucios, groseros, borrachos e inactivos, estas taras han sido —por ingenuidad o malintencionadamente— inmediatamente atribuidas a los instintos primitivos.

Extasiados ante la civilización, pocos psicólogos han ido a la raíz de la decadencia constatada entre sus congéneres. Y, por tanto, no ven nada extraño en que generaciones de esclavos sometidos al trabajo, mal alojados, mal vestidos y privados de medios de higiene, se hayan acostumbrado a la suciedad; que viviendo constantemente bajo la dominación y el oprobio, forzados a vivir agachados como perros y teniendo sólo contacto con parias de su especie, su lenguaje y postura carezcan de elegancia; que privados de vinos generosos y ra-

ramente sentados ante una buena comida, no sean un poco glotones y borrachos un día de abundancia, y, si añadimos a esto el poco atractivo de las labores sórdidas, extenuantes y mal retribuidas, que de ello resulte una legítima aversión por el trabajo.

¡Pues bien, no! La moral civilizada no quiere hacer concesiones peligrosas para ella; atribuirá estas flaquezas a instintos de suciedad, de ebriedad y de pereza, rechazando reconocer que estas anomalías no se encuentran en ningún hombre ni en ningún animal en el estado libre.

Y nos pintan un hombre primitivo ladrón, aunque nada puede excitar su codicia; borracho, cuando no tiene más que agua para beber; dominante, a pesar de la ausencia de jerarquía; violento y brutal sin ninguna causa; y a pesar de ignorar las cuestiones de interés, se le considera rapaz, pérfido, expoliador e intrigante. ¿Por qué no también proxeneta?, ¿o falsificador de moneda?, ¿o *panamista*[9]?, cosas que no serían mucho más desacertadas.

La prostitución no existe en el estado natural

Teniendo las mujeres, igual que el hombre, el disfrute completo de los bienes de la tierra, posee pues la misma independencia material y no obedece más que a sus impulsos.

Tan pronto como es núbil, sigue la ley totalmente natural de la atracción, y, si se libra al hombre, es sólo bajo la pulsión de sus deseos que la incitan al acto de generación.

La causa principal de la prostitución en los países civilizados, es decir, en progreso, es la miseria, el despojamiento absoluto de cosas imperiosamente necesarias como la comida y el abrigo.

Algunas veces se produce, pero el caso es menos frecuente, por el deseo de objetos de lujo creados artificialmente, tales como cosméticos, adornos, dignidad social, cuyo valor ficticio consiste en su rareza (cosa que implica que no pudiendo ser puesto a disposición de todos, provocarán siempre sentimientos de envidia).

Siempre hipócrita y mentirosa, la Sociedad Civilizada (rara reu-

9 Se refiere a la estafa alrededor de los títulos para la construcción del Canal de Panamá que acabó con la quiebra de la compañía constructora del Canal de Suez.

nión de asociados, los unos cebados y los otros indigentes) que no quiere de ninguna manera reconocerse culpable de la categoría de las prostitutas por miseria, les imputa tendencia a la lujuria y, complacientemente, las denomina «locas de su cuerpo» o «chicas alegres». ¡Chicas alegres, las desgraciadas! Preguntadles cuáles son las alegrías del tráfico que ellas realizan y os responderán que la primera es el no pasar hambre.

Pero en el estado natural la miseria no existe, la prostitución en consecuencia no puede tener lugar. Se han citado las relaciones de los viajeros en los países no civilizados, el ejemplo de las mujeres indígenas librándose a los visitantes para la posesión de objetos desconocidos: cintas, bisutería, collares de cristalitos. Si esto es cierto, se trata de la mejor demostración de la influencia corruptora de lo artificial; estas mujeres no se habrían prostituido para la posesión de cosas naturales, teniéndolas suficientes y gratuitas a su disposición.

La humanidad busca la felicidad, es decir, la armonía

El ser humano tan perfectamente constituido y tan bien satisfechas sus necesidades por la prodigalidad de la tierra, libre de inquietudes materiales, sólo puede aspirar a la alegría. Y puede desearla con la seguridad de poseerla y sentirla constantemente si no se separa del medio favorable donde le ha situado la naturaleza.

Puede ahora constatar lo que le cuesta haber querido corregir la obra de su productora y haber comprometido el orden establecido a lo largo de siglos de formación, sólo mediante la deforestación, sin contar sus otras intervenciones.

Habiendo desequilibrado el régimen del aire y de las aguas, ha revertido el caos inicial, el agua se mezcla de nuevo con la tierra por los frecuentes corrimientos de tierra de las montañas; su ser, su cuerpo desplazado de su situación normal, aunque aún animado por el fluido vital, se descompone, y su carne tumefacta y supurante expulsa, reconstituidas, las substancias minerales originales.

Pero el mal no es irreparable, pues la naturaleza, esta fuerza suprema, continúa su obra creadora y reparadora; y la Tierra, rápida-

mente, volverá a ser maravillosa si el hombre quiere reconocer su presunción y deja de perturbar la marcha regular de su producción.

La armonía para la humanidad reside en la naturaleza

Esta armonía aparece por todas partes; en la división de los continentes y los mares, en la disposición topográfica del suelo, en las altas montañas donde los glaciares, esas reservas naturales, alimentan de agua en verano los grandes ríos; en las colinas y en los valles dando, unas al lado de los otros y en la misma región, producciones diferentes; en los árboles gigantes que son la protección de la abundancia del suelo y de los seres que la disfrutan.

Aparece en la diversidad de las formas, de los colores, de los perfumes y de los sonidos, y en la disposición de los órganos de nuestro cuerpo que nos permiten percibirlos.

Es también la condición de la vida humana. Qué importa que en la fauna y la flora el fuerte devore o aplaste al débil, si el resultado es beneficioso para el hombre. No es el momento de lamentarse, respecto a las plantas y animales; ¡hagámoslo por nosotros mismos! Es suficiente constatar que nosotros, seres privilegiados, no tenemos ninguna necesidad de devorar a nuestros semejantes para vivir y que es posible esperar un resultado feliz: la supresión de nuestros sufrimientos.

E. Gravelle

L'Etat Naturel, n.º 3, julio-agosto de 1897
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 10-21; traducción y notas de Llavors d'Anarquia)

LA CIENCIA ES EL MAL

Los bobalicones que tienen el hábito de extasiarse delante de todas las transformaciones de la vida moderna, a las que llaman pomposamente «el Progreso», delante de todas las innovaciones que en realidad no hacen más que hacer la vida más febril, más activa, más su-

perficial, nos perdonarán que lancemos un poco de agua fría sobre su entusiasmo.

Primeramente apuntaremos esta observación: casi todos los admiradores del progreso son precisamente aquellos que han de sufrirlo menos. Mientras que los ancianos que han acumulado todos los conocimientos humanos, que se encorvan bajo el peso de la ciencia, declaran, ya al fin de su carrera, que la ciencia es bien vana, que el hombre no sabe todavía nada, que a pesar del ramillete de descubrimientos, el bazar científico es perfectamente inútil para la felicidad de la humanidad, que la cuestión de los orígenes sigue envuelta en tinieblas, que todas las cuestiones que interesan al hombre, sea sobre la familia, la religión, la patria, la organización social, etc., están todavía en el mismo punto en que estaban hace miles de años.

Puede verse a pobres diablos, que penan durante toda una jornada en una refinería o en una fábrica de cristal para ganar 2,5 o 3 francos, envanecerse del progreso científico y sobre todo de la mejora de la suerte del obrero después de la Revolución.

¡Qué amarga ironía!

Este obrero, que permanece todo el día ante los hornos a una temperatura de 40 a 60ºC, que tiene anemia, ¿quién le ha dejado en ese estado deplorable?

¡La ciencia!

¿Quién ha traído el uso de tóxicos, que no se encuentran en la naturaleza más que en estado neutro, es decir, en estado de cuerpos simples?

¡La ciencia!

¿Quién ha aportado el uso del óxido de zinc[1], del fósforo que produce necrosis, de diversos ácidos y de tantas otras cosas que cada año consumen más al ser humano?

¡La ciencia!

¿Quién ha embridado al hombre para hacerle descender a las minas donde no recibe ni luz ni aire respirable?

¡La ciencia!

¿Quién ha traído el uso de la luz artificial que atrofia la vista?

¡La ciencia!

¿Quién ha construido esos pesados navíos cargados de hombres

1 Pigmento blanco tóxico, se usa también en farmacia.

que a menudo se hunden, produciendo incontables víctimas?

¡La ciencia!

En lugar de acusar falsamente a la naturaleza, cuando por otra parte nada nos obliga a desafiar a los elementos, por qué el hombre ante estas catástrofes no piensa en acusar a su imprudencia, es decir:

¡La ciencia!

¿Y los ferrocarriles?

Es quizás la invención que ha hecho más daño a la humanidad, y, contrariamente a las esperanzas del obrero, éste sólo ha visto crecer su miseria y su esclavitud; los ferrocarriles han favorecido sobre todo la especulación, el agiotaje[2] y, sobre todo, la competencia. ¡Es pues también una fechoría de la ciencia! No hacemos más que hablar en memoria de los millares de víctimas aplastadas cada año.

Los partidarios del progreso hacen mucho ruido cuando su ciencia ha descubierto algún remedio a nuestros males, pero se guardan muy bien de decirnos que es esta misma ciencia la que nos ha provocado las enfermedades, puesto que en el estado primitivo la enfermedad era, por así decirlo, desconocida.

Desde el punto de vista moral, no veo que la ciencia nos sea muy provechosa, ¡al contrario!: penetrando al individuo con su racionalismo desmedido, ha matado en él, sin duda alguna, todo ideal.

Emile Bisson

L'Etat Naturel, n.º 3, julio-agosto de 1897
(reproducido de *Naturiens*,.., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 22-23; traducción y notas de Llavors d'Anarquia)

PROYECTO DE COLONIA NATURIEN EN FRANCIA

Llevando a la práctica la teoría de la vuelta a la naturaleza, nuestra intención no es trazar un sistema de existencia, ni de crear la «Ciudad Futura»; queremos simplemente demostrar que «la Tierra en el esta-

2 Especulación abusiva.

do natural» puede dar en abundancia al hombre todo lo que es necesario para la satisfacción de sus necesidades materiales:

Que para la alimentación, da los productos animales y vegetales más sanamente constituidos, más normalmente desarrollados que los de la ganadería y de la agricultura artificiales.

Para abrigo natural da la caverna, a temperatura constante, condición higiénica que le es particular. Para la edificación artificial del abrigo, provee: piedra, bosque y arena.

Para el vestido: las pieles de animales, las lanas y el lino para la confección de la ropa blanca.

Teniendo a su disposición estos diversos elementos, el hombre puede, según sus gustos, su fantasía y su ingeniosidad, prepararlos para su uso, por los procedimientos que le plazca.

Nos hará falta pues, para realizar este experimento, un terreno boscoso, de preferencia sobre rocas y provisto de agua. Según su naturaleza, su topografía y su exposición, plantaríamos árboles y arbustos frutales que pudieran desarrollarse en él, y una vez por todas lo sembraríamos de plantas originarias tantas como convenga.

Este terreno, incluso para nuestro cuidado, estaría repoblado de muchos animales: ganado mayor y menor, caza, volátiles diversas, etc., que nos puedan nutrir. Unos refugios artificiales se construirán para su uso, a la espera de que estos animales hayan recuperado sus andares naturales y se los construyan ellos mismos, según sus instintos. El acceso lo tendrán libre, a fin de que puedan penetrar y salir a su voluntad.

Nuestra intención es dedicarnos también a la apicultura a gran escala, a fin de proveernos, abundantemente y sin gastos, de un preciado producto natural. Si el agua de la que disponemos nos facilita el medio, daremos a la piscicultura toda la extensión posible (reproducción de peces, cangrejos, etc.).

En la parte del terreno dedicado a la ganadería (y será necesariamente la más vasta), los animales encontrarán todas las plantas forrajeras e igualmente leguminosas originarias, que es conveniente hacer brotar a fin de que puedan alimentarse de los vegetales de su elección.

En fin, sobre una parte menos extensa, pero la mejor expuesta, estableceremos nuestra zona habitable (igualmente cercada), reser-

vándonos el edificar nosotros mismos nuestras moradas con los materiales del lugar: construcciones masivas o ligeras, casas o chalets, al gusto de cada uno; y no nos privaremos de nada para adornar nuestra estancia, convirtiéndola en pintoresca y atrayente, amontonando bosquejos y matorrales floridos, follaje, parterres, etc.

Nos haremos nuestros vestidos con los elementos a nuestra disposición: el lino y la lana, hilados, tricotados o tejidos; las pieles curtidas en blanco o atezadas. Nada se opondrá a que estemos confortablemente vestidos, teniendo en cuenta la correspondiente originalidad y gusto.

Con la existencia material así perfectamente asegurada, cada uno podrá igualmente ejercer sus facultades intelectuales y embellecer su vida según sus aspiraciones personales y sus aptitudes.

Para realizar esta experiencia nos falta un terreno de operaciones. Nuestros conocimientos nos indican que resulta ventajoso que esté en una región montañosa cualquiera, sobre un lugar de suelo irregular, muy accidentado e igualmente lo más posible en baldío.

En estas condiciones, el valor financiero del terreno es mínimo, y vista la actual baja de los precios, sería fácil de adquirir un espacio bastante grande a muy buen precio.

Una suma de 12.000 francos bastaría pues para emprender una primera experiencia hecha por 10 personas (5 hombres y 5 mujeres).

2.000 francos para la adquisición del terreno.

4.000 francos para la compra de animales destinados a repoblar el lugar.

6.000 francos para los gastos de instalarse y necesidades cotidianas, a la espera de los resultados.

Empezando la experiencia en primavera, la colonia se beneficiaría ya en noviembre de productos animales (terneros, corderos, pollitos diversos), lo que permitirá disponer de sujetos productivos.

Tenemos previstos los esfuerzos que debemos aportar, pero no están por encima de nuestros medios y tenemos, de remanente, la colaboración poderosa de la tierra. Nos dedicaremos inmediatamente a la reconstitución del suelo de humus natural, para facilitar y activar por todas partes la vegetación, a fin de asegurar la alimentación de los animales y la nuestra. Unos refugios someros construiremos rápidamente para ellos y para nosotros; y entonces, habien-

do preparado lo más urgente, podremos emprender antes del invierno la edificación y la instalación de moradas más confortables.

Para debutar aprisa y validar pronto nuestra teoría, sólo formaremos una colonia de diez personas. Como hemos calculado una cantidad de unos 12.500 metros cuadrados productivos por individuo (parcela considerada mediana en todos los países civilizados), nos harán falta pues 125.000 metros cuadrados (125 hectáreas).

La producción de esta parcela deberá sobrepasar la suma de nuestras necesidades, el excedente nos permitirá rembolsar en productos naturales y a prorrata la suma invertida a los partidarios que nos habrán ayudado con su cotización.

De entre éstos, hombres y mujeres, los que dispongan de una suma de mil francos y estén deseosos de participar personalmente en la experiencia, les rogamos que realicen la inscripción lo antes posible. Su cooperación permitirá poner en práctica el proyecto.

Los Naturiens

L'Etat Naturel, n.º 3, febrero de 1898
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 24-26)

REVOLUCIÓN

En España, en Italia, el pueblo se ha sublevado. ¡Revolución!, dicen. Pues bien, no, esto no es la revolución, no más que las revueltas en Francia de la Comuna del 71, la del 48 y la de 1830. Las formidables revueltas del 1789 al 1793 no han sido más que una conmoción estéril, no teniendo de ninguna manera el carácter de una revolución. Primeramente, ¿cómo los pueblos civilizados pueden pretender hacer una revolución si ignoran las verdaderas causas de sus males? Seducen a los hombres mientras el sistema material de existencia es feroz. Revueltas las hay y las habrá todavía, puesto que el estado llamado civilizado comporta inevitablemente trabajo y miseria para la gran masa de los productores de lo «artificial»; del que saca pro-

vecho una categoría no productora, la autodenominada «clase dirigente».

Además, conocemos ya la suerte reservada a las insurrecciones italianas y españolas producidas por el hambre. He aquí adonde han llevado siglos de «civilización» a los pueblos de dos países que en el estado natural serían edenes de abundancia y de belleza.

La insurrección francesa del 71 ya se sabe cómo fue reprimida, sin el triunfo no había nada que esperar. Pero las del 48 y de 1830, donde el pueblo resulto vencedor, no han cambiado en nada las condiciones económicas del proletariado; la de 1789, la Grande, que parecía haber cambiado totalmente el estado social, ¿ha mejorado la suerte de los pequeños? ¡De ningún modo!, puesto que inmediatamente la civilización ha restablecido su yugo. Puesto que el obrero, como en el pasado, trabaja para el patrón; puesto que siguen habiendo lacayos, maestros, directores y ejecutivos. La única transformación operada en esta época fue que el patrón, el maestro o el director en lugar de ser llamados monseñor o señor, fueron llamados ciudadanos. Hete aquí el único resultado de una revuelta en un país civilizado.

Se podrá perpetuamente decapitar reyes, destronar emperadores, destripar presidentes de la república, la situación seguirá igual mientras haya minas, fábricas, astilleros. Mientras que lo Artificial establecido durante siglos de esclavitud sea considerado como base del sistema de vida, habrá explotación del hombre por el hombre, habrá expoliación; sin hablar de la degradación siempre continua y agravada de la naturaleza.

Y los sistemas colectivistas autoritarios o comunistas libertarios no podrán hacer nada. No evitarán que la mina sea nociva para el suelo que la soporta; no podrán detener la erosión de las tierras producida por el laboreo, no podrán evitar la evapotranspiración rápida de los suelos humedecidos por las lluvias si quedan expuestos a pleno cielo por la deforestación; ni el colectivismo ni el comunismo atenuarán el efecto pernicioso del trabajo, este trabajo que no consistirá más que en «apretar el botón», el famoso botón de los científicos, sucedáneo actual de la varita mágica y de la lámpara de Aladino.

La principal traba para una revolución eficaz es que los más feroces revolucionarios, ignorando la naturaleza, son los más fervientes sostenedores de la versión religiosa del «valle de lágrimas» y de la

fábula del «pecado original», y se apoyan sin límites en las conquistas de la ciencia.

¡¡Ah!! Las conquistas de la ciencia sobre la naturaleza, ¡hablemos un poco de esto!: tenemos en primer lugar la agricultura, ¡la conquista más antigua!; tenemos luego la edificación y el tejido, después la mina, las vías públicas, la tracción y la navegación, estas dos últimas convertidas en ciencia por la metalurgia y el vapor. Tenemos además la óptica y la acústica y, conquistas supremas, la cirugía y la ortopedia.

Examinémoslas.

La primera conquista, los cultivos, ha precisado de la tala de los árboles protectores del suelo y ha provocado la erosión de la tierra; la edificación nos ha dotado de alojamientos donde reina inevitablemente la corriente de aire, desconocida en las habitaciones primitivas, resultado del tiro entre las aperturas y las chimeneas; el tejido nos ha aportado telas y paños menos impermeables, menos ligeros y menos calientes que cualquier piel de animal; la mina degrada totalmente la calidad económica y las propiedades vegetativas de cualquier suelo donde se practique; la red de carreteras ha provocado el polvo y el lodo por la desnudez del suelo, y la capa de adoquines y asfalto con que se recubren los caminos, carreteras o calles no ha suprimido la fermentación del suelo, que al no poderse manifestar en vegetación, se manifiesta en miasmas mórbidas. La tracción y la navegación exportan lejos los productos naturales de un país e importan a éste los de tierras lejanas, lo cual precisa procesos de conservación para los productos así «paseados» y la conserva tiene el efecto de alterar totalmente la frescura y el sabor, de manera que este intercambio tiene como resultado llevar al consumo solamente productos privados de su principio vital.

No nos alargaremos citando los accidentes y enfermedades producidos por el funcionamiento de estas «conquistas científicas»; concederemos a los civilizados que la cirugía y la ortopedia vienen en auxilio de los «beneficiarios» del Progreso.

Sería más sencillo, desde nuestro punto de vista, evitar las catástrofes adoptando pura y simplemente una existencia en la que las causas de perturbación sean desconocidas. La naturaleza nos ofrece una vida feliz, larga y fácil donde se ignoran el hambre y la enfermedad, estas dos hijas de la civilización.

A aquellos que hablan de revolución queriendo conservar la artificialidad superflua, les decimos esto: sois los conservadores de elementos de servidumbre, seréis pues siempre esclavos; pensáis apoderaros de la producción material para apropiárosla, ¡muy bien! Esta producción material que hace fuertes a vuestros opresores está bien asegurada contra vuestra codicia; mientras exista, vuestras revueltas serán reprimidas y vuestros alzamientos sacrificios inútiles.

Emile Gravelle

Le Naturien, n.º 4, París, 1 de junio de 1898, p. 1(traducción de R. R.)

CORRESPONDENCIA

No sin sorpresa hemos visto hemos visto en *La Nouvelle Humanité* las declaraciones algo oscuras de Henri Zisly respecto a las prácticas lesbianas y otras *elegancias*[1].

Ya que se presenta como naturien, Zisly no tiene que dudar en calificar estos actos como deben serlo.

Los naturien no reconocen como «amor natural» más que el acoplamiento puro y simple de los sexos y el coito; toda otra concepción de los placeres sexuales constituye una anomalía, un acto contranatura, no inspirado más que por la depravación de los instintos.

Esta depravación es causada o bien por la continencia o bien por la neurosis, dos cosas que no forman parte del orden natural, pero presentes en toda civilización antigua o moderna.

No hay equivocación posible sobre este punto, y es necesario reconocer a la naturaleza lo que es natural, y a la civilización... lo que es civilizado.

Los Naturien

Le Naturien, n.º 4, París, 1 de junio de 1898, p. 4.

1 El amaneramiento de formas en los hombres y el uso de ropas masculinas en las mujeres era considerado, en esta época, un símbolo de distinción clasista, era elegante.

EL INCESTO

Sin llegar a la afirmación absoluta, aseguraría sin embargo que el incesto es un acto natural, a condición, bien entendido, de que este acto no cause ninguna perturbación en el organismo humano.

En apoyo de estas afirmaciones, he aquí un documento del doctor Bernand, extraído de *Voyage de Toulon au Tonkin*:

Se encuentra en las cercanías de Aden una tribu que tiene por nombre los parsis. Constituye una fuerte y bella raza, tanto físicamente como moralmente. Una amistad profunda les une a los unos con los otros: forman como una inmensa sociedad de apoyos mutuos, y jamás se ha visto entre ellos ni a un pobre ni a una prostituta. Adoran el fuego y el sol, lo que parece más natural y menos estúpido que creer en un Dios imaginario e invisible. En un principio cazadores y pescadores, una parte, siguiendo la civilización, practica el comercio y vende sus productos en las ciudades cercanas. Una ley que se remonta según parece a unos cientos de años les prescribe el casamiento entre parientes tan cercanos como sea posible. El padre debe desposar a su hija, si enviuda antes de que ella se haya casado; los hijos deben desposar a su madre, el hermano debe desposar a su hermana *y así continúa.*

Ahí están los dos o tres mil años que la nación de los parsis se perpetúa por matrimonios semejantes, y es suficiente ver los guebres de Aden para convencerse de que su raza está lejos de estar degenerada. ¿En qué se queda desde este momento nuestro punto de vista sobre el peligro de los matrimonios consanguíneos? Se convierte en lo que es, teoría caduca y que no reposa más que sobre una observación superficial de los hechos. Prueba que tienen un punto de vista material y natural, nada es más falso. ¿Cómo los criadores de bueyes y de caballos obtienen sus mejores resultados? ¿No es por acoplamientos consanguíneos? ¿Cómo se mantienen las más bellas razas de perros? ¿Y por qué esto que es cierto para los animales no habría de serlo para el hombre? Que dos niños, dos parientes nacidos de un abuelo común, gotoso o tísico,

sean unos niños deplorables es como debe ser. Que unos niños, al contrario, no tengan ningún antecedente mórbido en sus ascendentes, y sus descendientes, puros como ellos, estarán exentos de todas las sorderas, de todas las escrofulosis y de todas esas locuras con las que se nos amenaza. Esto es lo que nos llega de los parsis.

No veo nada de lamentable en esta cita excepto la obligación de la palabra debe; que sea facultativo, eso sí.

Y esto, de Alfred Marné, en *L'Age d'Or* (órgano salvajista, febrero 1900)[1]:

Este feroz habitante de los bosques (el hombre salvaje) y de la tierra virgen era polígamo e incestuoso; sus hijos, desde su más tierna juventud, se libraban a todo lo que la naturaleza les sugería. Para el hombre salvaje, la virginidad del cuerpo no es más que el emblema de la del corazón, pero él no era hombre de letras, estaba contento con un título más natural: hombre de la naturaleza.

No tengo entre mis manos, en este momento, documentos contrarios, lo que puede parecer raro. Sin exponerlo de igual manera, no deseo ser tachado de parcialidad, pues pienso que el simple razonamiento en profundidad de cada uno podrá suplirlo.

Así pues, el incesto debe de ser admitido, a condición esencial, además del acto carnal normal, que debe ser higiénico, no engendrando ningún malestar, ni enfermedad y que la sangre se mantenga siempre pura.

Esta palabra —el incesto— desaparecerá cuando sea comprendido tal como debe de ser.

No pueden ser clasificados como actos antinaturales o aberraciones como la pederastia, la masturbación y el amor de Lesbos.

Henri Zisly

Le Flambeau, n.º 8, 8 de diciembre de 1901
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 97-98)

---

1 Hay discrepancia entre sus contemporáneos respecto a la fecha de la publicación.

HACIA LA CONQUISTA DEL ESTADO NATURAL

Los párrafos que siguen son un llamamiento al sentido común, un grito de alarma contra la destrucción continua y devastadora de los bosques, es un clamor desesperado contra la invasión de la tisis, contra las casas de seis u ocho pisos, contra los alimentos y bebidas adulterados, contra el cansancio intelectual de las universidades y el trabajo atrofiador de las fábricas. Es también una virulenta diatriba contra el aire enrarecido y malsano, contra las enfermedades y decadencia de las razas; y por último, es una protesta violenta contra las estupideces y los ilogismos creados por la civilización, es una lucha contra la Ciencia, la diosa del momento, contra la Química, contra lo artificial.

Nosotros podemos vivir sin ferrocarriles, sin automóviles, sin telégrafos y teléfonos, sin globos y prostitución, sin tuberculosis ni pederastia.

Queremos simplemente la vida normal, es decir, el ejercicio de la vida, la libertad en la naturaleza integral. La salud sólo puede lograrse con la abolición de las ciudades, focos permanentes, inevitables, de epidemias.

Algunos nos dicen que en las tribus salvajes existía ya un jefe. Pero aquel a quien los espíritus civilizados toman por un jefe no es más que un compañero de más edad, más experimentado y cuyos consejos desinteresados son oídos con mucha atención, sin que por eso ejerza autoridad alguna. En el presente, la civilización, bajo forma de invasiones guerreras y monásticas, ha sembrado sus gérmenes malos que, desgraciadamente, han dado sus frutos. Cuando apareció el jefe rey o guerrero, sacerdote o brujo, fue la civilización la que tomaba forma, la que penetraba y subsistía al estado natural. Cuando éste tomó cuerpo, la humanidad tenía ya su existencia en desarrollo y ella no debía ir por otro derrotero, sino mantenerse en su estado normal, racional. ¿Por qué evolucionó hacia el caos? Por la tendencia de algunos pueblos al espíritu envilecido y falso, atormentado por artificiales necesidades. Porque fueron víctimas de una deficiencia mo-

mentánea de la naturaleza y ellos no hicieron nada por contrarrestarla, sino muy al contrario. De allí surgieron todos los males que nos asedian hoy y que debemos resistirnos a sufrir.

Los antropófagos son seres por completo desnaturalizados y forzosamente imbuidos de los principios civilizadores.

Pongamos por nuestra parte el obstáculo de una propaganda sana y lógica para que se nos comprenda y nuestra será la victoria.

La creación —animales, vegetales y minerales— no había llegado a su completo desarrollo. Y en sucesivas evoluciones, que duraron siglos, fue cuando el inmenso embrión humano, prosiguiendo su inevitable marcha progresiva, concluyó por salir a luz: la vida se manifestó, el mundo tomó existencia, realizándose el estado natural con toda su majestuosa grandeza, la Edad de Oro, como algunos pensadores llaman a aquella época, o el Paraíso Terrenal, como dice la Biblia. Entonces las necesidades se reducían (y no debieran reducirse a otra cosa) a comer, beber, vestirse, alojarse, pulir algunos utensilios y armas indispensables y amar sanamente; todo esto podía hacerse en la naturaleza, sin la ayuda de industrias ni comercios. Teniendo sólo necesidades restringidas, podía satisfacerlas, mientras que hoy son tantas las necesidades creadas e intensificadas (necesidades ficticias, bien entendido), que de ahí derivan los numerosos males que asedian y rigen actualmente la humanidad: Ciencia, Maquinaria, Religión, Parlamento, Ejército, etc. Y para resistir esta triste situación, para salir de nuestra intolerable apatía, es por lo que nosotros luchamos contra el monstruo civilización para el advenimiento de la Naturaleza Integral. ¿Tendrá éxito nuestro propósito? No lo creemos, pero poco importa, ¡nuestros clamores resonarán formidables a los oídos pasmados de los imbéciles rutinarios!

Dicen algunos que lo que distingue al hombre de los animales es la inteligencia. El hombre no es más que un animal perfeccionado (aunque eso sea discutible) en diversos grados. Por tanto no es creíble que sea su titulada inteligencia lo que le distingue del animal, porque si realmente poseyera una inteligencia en el sentido exacto de la palabra, no viviría en este estado de majadería y barbarie en el que está sumergido. Es cierto que es la civilización la que lo ha conducido hasta aquí. En estado natural, el gozo de pensar sería intenso, puesto que sería libre y feliz. Y para ello no necesitaría libros

ni universidades. El cerebro tendría un alimento sano porque sería lógico y natural, porque sería simple. ¿Acaso se es inteligente por haber aprendido matemáticas y otras ciencias creadas por las civilizaciones? ¿Es útil aprender griego o latín? No. Eso es lo que hace daño a las sociedades existentes.

Hacer sus vestidos —pieles de animales y plantas textiles trabajadas naturalmente—; su vivienda —cavernas, chozas, casitas de piedra—; jarrones y utensilios rústicos (en la vida natural todo es rústico, el lujo está abolido) para la cocción de los alimentos; instrumentos y armas para la pesca, la caza y su industria personal; el hombre no crearía lo artificial, sino que viviría naturalmente. Y hasta si el ser humano quisiera perfeccionar esas cosas, como que lo haría para él y su familia, sin convertirlo en un tráfico, en un comercio, permanecería en las mismas condiciones naturales. En cuanto a volver a empezar el fatal engranaje que hemos pasado, desgraciadamente no sería imposible. Dependería del grado de inteligencia de las sociedades.

Las poblaciones que pasan crisis de hambre es porque no viven en condiciones naturales y la civilización ha penetrado en ellas.

El hombre se ha visto obligado al cultivo artificial porque vive bajo un régimen capitalista, y con la química ha hecho producir a la tierra más de lo que ella podía dar naturalmente con el empleo de invernaderos, abono de tierras, etc., para enriquecerse y establecer el agiotaje.

La tierra produce más por los medios químicos que por los naturales pero esto la empobrece; los verdaderos abonos naturales son los excrementos y la tierra vegetal.

Para llegar a reconstituir la sociedad tal como nosotros la imaginamos, se necesitaría mucho tiempo, y por eso no nos hacemos ilusiones. Somos los primeros en propagar el naturismo, pero después otros continuarán la obra empezada, y quizá al final será un hecho.

Nosotros afirmamos y probamos que la civilización es el mal y la naturaleza es el bien. Yo me atrevo a esperar que en una sociedad libertaria pura muchos de los males de la civilización desaparecerán. Pero la ciencia es un nuevo error que es preciso combatir. La maquinaria mágica donde todo se hace casi por milagro, preconizada por los anarquistas, engendra la esclavitud, en la anarquía es todo muy sentimental, se cuenta mucho con los demás y poco con uno mis-

mo. Se cree demasiado en la buena voluntad de todos, en la armonía y no hay que olvidar que el individuo es egoísta, guiado por el sentimiento tan natural del instinto de conservación.

Un ejemplo sencillo de la vida natural: se debe viajar sin bicicleta, ni ferrocarriles ni automóviles. Debe irse a pie, pues en el estado natural no se tiene prisa y se quiere mover los músculos. Si los medios científicos de locomoción continúan, nuestras piernas resultaran inútiles, y, como es sabido, todo órgano que no funciona concluye por atrofiarse y viene la parálisis. Si hoy se desdeña tanto la vida natural para vivir una vida de fuego fatuo, es que uno se ve arrastrado por la influencia del medio nefasto en el cual vegeta.

Si nosotros damos ahora el grito de alarma es porque pensamos estar en la justa y exacta noción de las cosas.

Si viviéramos en una sociedad anarquista, tendríamos más facilidades para implantar el estado natural. Si el resultado de nuestros esfuerzos no se ve coronado con el éxito, tendremos que cambiar este sistema por otro más práctico; y si por el contrario, los hechos corroboran nuestras ideas, serán los demás los que vendrán a nosotros deseosos de gozar de las bellezas de una vida natural.

Henri Zisly

La Revista Blanca, n.º 102, Madrid, 15 de septiembre de 1902, pp. 167-170 (sin referencia de traducción)

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

Hace demasiado tiempo que se degrada al hombre y se reniega de la naturaleza; los detractores del hombre, legisladores, fundadores de sociedades, han hecho de él un monstruo; por su ceguera, por su corrupción es por lo que esos enjambres de bárbaros, esos devoradores de cadáveres y de esqueletos, reducen a la especie humana a una condición muy inferior a los animales; esos afortunados trapaceros que dominan por sus vicios y con actos de autoridad sacrifican la humanidad a la política; todos esos holgazanes que no pue-

den sentarse sino sobre cojines, imponen el trabajo al hombre. De igual suerte con su pedantería, sus religiones y todo su arsenal de leyes tan absurdas como caprichosas, que embrutecen al hombre, impidiéndole sentir su degradación, le atribuyen malos instintos, le suponen crímenes para darle expiadores, hacerse sus amos y sus guías, amos orgullosos, implacables, que no le abandonan sino al borde de la tumba, y esos pretendidos héroes, esos simoníacos devastadores son los que han enrojecido la tierra con sangre, los que han rehusado reconocer a los salvajes como seres de la especie humana, para poderlos subyugar y asesinar.

En nombre de la civilización, de las artes, de las ciencias, de lo misterioso, de lo sobrenatural, de la virtud, de la moral, es como esos hacedores de prodigios inculcan al hombre la ignorancia, la debilidad, el dolo, la mentira; verdaderamente es una bajeza, un envilecimiento inferior a las bestias el que hombres que son iguales por la naturaleza, de la misma materia y con un mismo final, se degraden hasta depender de las voluntades o de los caprichos de un solo hombre; el poderoso, el rico, no necesita sino aduladores cuya mirada tímida no se atreva a alzarse hasta él; seres envilecidos que imploran bajamente su protección; es ser un juguete, un engañado, el creer que esas especies de criaturas son inmemoriales, universales, necesarias y primordiales; todos esos bandidos rabiosos, esos santificadores de apoteosis fúnebres, orgullosos de sus gobiernos, de sus leyes, de sus instituciones, de sus religiones, de sus monumentos, su lujo, sus ilustrísimas, es lo que ellos llaman su sabiduría.

Pues bien; el último de los salvajes es más respetable que ellos.

Los médicos, sabios con patente, matan el valor, infunden la credulidad, la pusilanimidad, el terror, han resuelto transformar a los hombres en autómatas medio animados; todos esos hijos de Hipócrates, de Themison, de quienes la humanidad no necesita, como tampoco de cerrajeros, son más de temer que la muerte. En la época en que el hombre iba desnudo, tenía por espejo las fuentes y los cantos pulidos, la naturaleza era su fotógrafo, dotado de mil gracias salvajes; encontrándose bastante limpio, se lavaba y se bañaba en la corriente de los ríos, con las muchachas, los niños, las madres e hijos, hermanos y hermanas, completamente desnudos y juntos, no temían que se les viese en tal estado; su tocado consistía en peinar su larga cabellera que sacudía sobre su cuello, como los generosos ani-

males sacuden sus crines. No tenía ni justicia, ni prudencia, ni constancia, ni templanza; no estaba sujeto a la cólera, no tenía ni miedo, ni temor, ignorando todo sufrimiento, contentándose con lo que la tierra había puesto a descubierto, hallando placer en gustar de sus productos; comía sus alimentos crudos, sus instintos eran deliberados, y satisfechos en el orden que se presentaban para el goce completo de sus sentidos; favorecido así como los otros animales, removido por las grandes escenas de la naturaleza y la salvajería de sus costumbres, estaba animado de un lenguaje melodioso único y profundo, sin términos abstractos; las metáforas eran atrevidas y familiares en su conversación; jamás ningún orador moderno hablará con tanta fuerza y sublimidad como el salvaje de la naturaleza; tenía canciones cuya melodía estaba subordinada a su lengua, sus danzas eran de imaginación, de imitación; las imágenes vigorosas y parlantes de la naturaleza estaban descritas en dichos bailes por gestos de caracteres expresivos; vivía sin guías, sin policía, sin leyes, sin zapateros, sin panaderos, sin cocineros y sin guardia civil en *el estado salvaje*, con la naturaleza entera por riqueza, a la que admiraba con alegría. Ese bravío habitante de los bosques y de la tierra virgen era polígamo e incestuoso; sus hijos, desde la más tierna edad, se entregaban a todo cuanto la naturaleza les sugería; para el hombre salvaje, la virginidad del cuerpo no es más que el emblema de la del corazón; pero no era hombre de letras, estaba contento con un título más natural: *hombre de la naturaleza*. No pasaba su vida en pos de las sílabas, ni en el polvo de la geometría, ni en las ciencias liberales y del arte literario, porque no había puesto expresamente dos letras en los primeros versos que contienen el nombre de esos libros; el estilo de su libro era majestuoso, sublime, hecho y pintado por la naturaleza, tenía por título *la naturaleza de las cosas*; su vida, que transcurría sin enfermedades, sin penas, que alcanzaba la edad de ciento cincuenta años y más, era demasiado corta para leerle completamente; anciano, conservaba la belleza de la juventud.

No le preocupaba saber de qué ciudad era Homero; si Anacreonte era más lascivo que borracho; su cerebro no estaba atrofiado por la metafísica, y todos los sofismas de los libros modernos, en que se mecen los ricos que ponen toda su sensibilidad sobre sus perros y sus caballos; su imaginación no emparejaba ningún temor con la proximidad ni las consecuencias de la muerte, la naturaleza le había eman-

cipado de esa sensibilidad artificial; no experimentaba las convulsiones de la agonía, moría como había nacido, sin sufrimiento: era para él la noche de un hermoso día. ¡Oh!, hombres de letras, vosotros sabéis hablar mejor que vivir, de donde resulta que a casi todos os es antipático el estado salvaje. Aunque les llamáis especies de bestias, según vuestro silogismo, les atribuís los actos de los civilizados; sería preciso, sin embargo, no confundir el salvajismo con la civilización, porque el salvaje de la naturaleza es una especie de bestia que borra todos vuestros milagros.

La desigualdad de las condiciones, tan necesaria para el mantenimiento de las sociedades civilizadas, es, en verdad, el colmo de la demencia; sí, hombres de fe, hombres de leyes, guías de ciegos, fanáticos o políticos, feroces por estado o por carácter, os mentís a vosotros mismos, la naturaleza os acusa, la tierra os confunde, estamos harto avisados para seguir nutriéndonos con vuestros absurdos, que repugnan a nuestros instintos; tiranos, impostores, injustos, comparad ese estado salvaje con el estado civilizado; preguntad al hombre civilizado, nacido en las lenguas de la esclavitud, si es feliz; preguntad al hombre salvaje nacido en los brazos de la libertad si es desgraciado; seguro que ambos os responden que *no*.

La división ha concluido.

Cuando los primeros hombres, encantados con sus existencias, contemplaban como otras tantas partes de sí mismos todo lo que sus sentidos y su corazón podían abrazar, es decir, la naturaleza entera, sobre todo la deliciosa sorpresa de esa naturaleza viviente, en la que algunos animales venían arrastrándose a besarles los pies, otros saltaban, corrían, hacían gala de la más brillante ligereza, otros todavía revoloteaban acordando deliciosos sones, y los peces jugaban ante ellos en la superficie de las aguas, inmensos bosques embellecidos por la juventud eterna de los corpulentos árboles que la tierra hacía crecer hasta las nubes, que alcanzaban cuatro y cinco mil años de edad, estaban enguirnaldados por plantas trepadoras; los hombres, los animales y vegetales vivían en el orden de la naturaleza que no impone ni leyes ni reglas coercitivas.

Soberana, ella producía todo sin ayudas y sin amos, amontonaba todas sus producciones con una profusión independiente, queriendo ser bella y fecunda para el agrado de todos los seres; los ríos moderados, corrían libremente en los bosques, se cavaban un lecho más

igual, sin escollos, sin torbellinos, sin mugidos y sin espuma; la primavera renacía de los restos del otoño, las hojas secas y podridas a los pies de los árboles les daban una nueva savia que hacía brotar de nuevo las flores; troncos hendidos por el tiempo servían de retiro a innumerables mamíferos y pájaros. El mar, rompiendo en las costas y en los golfos, daba una inmensa cantidad de conchas y de peces, tortugas y cangrejos, que iban a jugar en las playas a los placeres de la libertad y del amor, era *la edad de oro*, dichosa vida de las primicias, en la que se nacía en el césped y se alimentaba uno con leche y miel silvestre.

Pero el hombre, no sabiendo reconocer su verdadera felicidad, quiere corregir la naturaleza, reducirla; por este error humano, por prodigios insensatos es por lo que esa tierra indulgente se ha transformado en un inmenso osario, es hollada en lo más profundo de sus entrañas; las materias útiles para su conformación son extraídas, reunidas en conglomerados pestilentes. Las montañas despojadas de su sombría diadema verde, los ríos desviados de su curso, despoblados los bosques, las vastas llanuras engalanadas con millares de flores, sembradas al azar, son abiertas por arado, el laboreo de la tierra se convierte en un arte; que el barbecho esté bien removido, dispuesto, también labrado, que la tierra removida descubra bien las raíces, las simientes arrojadas encima, las hierbas recogidas con la mano, afín de que no crezca ningún abrojo que ahogue la cosecha; todo ese trabajo rudo, de fatiga antinatural, recomendado como indispensable por nuestros agrónomos, bajo pretexto de que no podemos pasar sin pan, y que la tierra sin cultivo no produciría nada; toda esa charla con que los ricos no cesan de entretenernos, cuando es preciso que cincuenta proletarios y más trabajen desde la mañana hasta la noche para suministrar alimento a uno de sus vientres, para esos lujosos, esos hartos de grasa, el laboreo de la tierra es cosa demasiado baja, no ponen jamás en ello la mano, educan por los mismos medios a los hombres y a los bueyes para ese trabajo estúpido.

Ea, campesinos, devolved la libertad a vuestros bueyes y acordaos de que antes del laboreo de la tierra no existían ni límites ni confines, que nadie dividía los campos, todos los hombres vivían en común, la tierra sin cultivo, sin ninguna simiente producía todo en abundancia, no tomen como ejemplo a Escipión el Africano, que labraba por sí mismo las tierras de su granja de Literna; el cultivo de

las tierras es contrario a la armonía de la naturaleza.

En cuanto a los animales, se les ha reducido al estado doméstico por medios bárbaros y crueles, por la tortura del trabajo continuo, la amputación de las partes, de la cola, de las orejas, etc., etc. Los animales no podían ser indultados, puesto que es de uso en una perfecta civilización que esas mutilaciones se hagan también a los hombres, los animales domésticos están todos enfermos, nosotros nos alimentamos con su carne, y nos contagian sus enfermedades; es cosa de observar que los que pretenden instruirnos, prestan más cuidados a la reproducción de sus perros y de sus caballos, mientras que en su casa practican el onanismo, abonando la tierra con el semen de los hijos; y otros, completamente desnaturalizados, los ahogan después de haberlos engendrado; la civilización ha degenerado a los vegetales y a los animales, produce monstruos humanos, en el antiguo y el nuevo mundo el hombre es degollado, perseguido, peor que las fieras, la carnicería de los devastadores no tiene límites, todo es violentado, exterminado, ensangrentado; el arte, las ciencias lo han desnaturalizado todo, hasta las rosas con que el amor hacía sus ramos, y de esa vasta poesía de carácter grandioso y salvaje ya no queda nada.

Sí, lo artificial.

Violentadores de la naturaleza, sucesores de Orante, de Diomedes, de Varo, famélicos, avaros, cuyas puertas están guardadas por perros descarnados, grandes de la Tierra que os bañáis en los placeres, bebéis en copas de oro, coméis en platos de plata, a vuestra llegada a vuestros palacios se ordena con las espadas desenvainadas que os hagan sitio, estáis impregnados de vapores de sangre, ¿cuándo, pues, dejaréis de tener sed de sangre humana, y con qué derecho habéis resuelto exterminarlo todo en la naturaleza?, arquitectos de desgracia, archilocos vejestorios, vuestras sociedades, de veinte a cuarenta millones de individuos; vuestras ciudades, de quinientos mil a dos millones de habitantes, son monstruos en la naturaleza, son inhabitables, el aire está en ellas infectado, las aguas corrompidas, la tierra agotada, la vida abreviada, los horrores de la miseria extrema, son el nacimiento de las enfermedades epidémicas, la morada del crimen, del vicio, todos esos amontonamientos de población no tienden sino a la corrupción, a la putrefacción, ningún apoyo puede resistir sobre un orden de cosas tan podrido; éstos son, sin embargo, los lugares favoritos de los parenéticos y de los subordinados a las

ciencias.

Pero tú, hombre, ser inviolable, a quien la naturaleza ha dado la defensa de tu vida; tú, su predilecto, único que vale todo un pueblo y que suspira sin cesar por la felicidad, ¿querrás seguir siempre a tus educadores por ese camino sembrado de flores sin aroma, que te extravía en ciénagas fangosas y en áridos desiertos? Esos pisaverdes, esos mamarrachos que se atreven a acometer la empresa de embellecer la naturaleza, de adornarla con las artes, cuyas grandes construcciones seducen por todos los lugares de la Tierra, no son más que el cuerpo de un solo hombre, y muy pequeño; ¿de qué les sirven varias habitaciones, puesto que no se acuestan sino en una sola? Los lugares en que no están, no son de ellos; franquea esos laberintos que te cierran el acceso a tu felicidad; tus guías son Moisés, Solón, Numa, Mahoma, Confucio, César y tantos otros nuevos metodistas, gentes muy civilizadas, que te han reducido a esta triste situación, al estado de cadáver; ¿seguirás siempre en la indigencia y pasarás tu vida llorando, extendido sobre los bancos de la Gehena, vendrás a sentarte en el gran festín de la naturaleza? Es preciso que no esperes que los lazos de la servidumbre humana sean rotos por esos grandes personajes todos cubiertos de oropel; han perdido el corazón.

Los espíritus científicos continúan la gran devastación de la naturaleza; no pudiendo vencerla la tratan de vieja madrastra. Sin embargo, el arte de aquéllos no es ni cierto ni igual, pero lo que hace y deshace la vieja madrastra es completamente idéntico; ingenuos violentos conducen a la humanidad a su ruina general, su agonía está próxima, vivimos sobre volcanes.

Sin duda será uno perseguido, afrentado, encarcelado, hasta guillotinado por atreverse a combatir lo artificial y asegurar que el hombre ha vivido en el estado salvaje. Poco importa; con grandes

dardos es como hay que debilitar a los grandes monstruos.

Libremos nuestro cuerpo de su yugo y de las manos de esos criminales de profesión, e inspirados por la naturaleza, guiados por nuestros instintos, recobremos nuestro puesto de hombre salvaje en la naturaleza. Las fieras y los peces se cogen con la esperanza de que algo les agrada; consideremos como falsas todas esas promesas cubiertas de liga, que nos hacen rodar fuera del camino y nos hacen caer.

Las hierbas no nacen solamente para las bestias, sino para los hombres; así que si se conociesen las pruebas y testimonios de abundancia en el estado salvaje, y que el extremo de las ramas de los árboles puede satisfacer un estómago que tenga buena hambre, los proletarios no querrían producir más. Por eso los sabios se guardan bien de instruirnos sobre ello; todo lo han falseado, todo lo han violado. Que nuestra casa sea construida de césped, o que nos retiremos al hueco de una roca o al tronco de un árbol en los grandes bosques salvajes; para nuestros vestidos pieles de animales, cortezas de árboles y trajes hechos con plumajes de aves cosidos juntos; para tapices juncos, y nuestros cuadros, el espacio, el universo; que comamos como comía Turbot en platos de tierra, lo que hasta es secundario, porque se puede beber en el hueco de la mano para no cargarse con bagajes, así desaparecería el alcoholismo; nada hay más grande que nuestra independencia; ¿es muy necesario saber tallar una viga en cuadro, llevar rectamente la sierra a lo largo de una raya, y tender un madero con una mano segura? No; el arte de herrería, de carpintería y de hacer pan no es una gloria; no se necesitan artesanos si se sigue a la naturaleza, la prodigalidad es la que ha dado nacimiento a las artes y a los oficios, esto fue inventado por espíritus astutos, pero no elevados, no grandes; la civilización es un método de vida módica muy complicada, llena de sufrimiento y criminal, que será abandonada y maldita por los hombres futuros. En los venideros siglos, el hombre civilizado volverá a su primitivo estado, porque el salvaje de la naturaleza no se ha civilizado sino para la violencia; no existe un punto en el que resida la felicidad humana; en su futuro, el hombre moderno dejará de ser ese animal tan despreciado, y por los recuerdos de los males que le causaron sus detractores, sus educadores, sus amos y sus guías, se detendrá en ese punto de felicidad, de existencia natural renovado, el *salvajismo* —no la civilización—. ¡Cómo! ¿Iba a dar la naturaleza, nuestra amiga, una vida fácil llena de seguridad a todos los animales, y solamente el hombre no iba a poder vivir sin todas esas maneras artificiales? Cuando nacemos encontramos todas las cosas preparadas, ¿qué seres más felices puede verse que esos hombres salvajes? Se gozaría en común de la naturaleza y de las cosas; ella sola, como madre, bastaría para tener a todo el mundo bajo su tutela. Se verían los fuegos de la alegría suceder a los incendios de la discordia.

Alfred Marné

La Revista Blanca, n.º 122, Madrid, 1 de agosto de 1903,
pp. 82-87 (sin referencia de traducción)

NATURALEZA Y CIVILIZACIÓN. DIFERENCIAS A REMARCAR

Mucha gente no puede comprender ni admitir la lógica de las leyes naturales porque confunden continuamente civilización con naturaleza y viceversa.

Aquí van algunas explicaciones que les facilitará, creo yo, la comprensión de la vida sencilla:

Iluminación natural: el sol, la luna, las estrellas, el día.

Iluminación civilizada: velas, lámparas eléctricas, de petróleo, de gas, de gasolina, de acetileno...

Calefacción natural: fuego de leña, el sol.

Calefacción civilizada: estufas de carbón de cualquier género, de lujo o ordinarias.

Locomoción natural: caminar y la tracción animal natural.

Locomoción civilizada: ferrocarriles, bicicletas, autos, globos, tracción animal anormal.

Unión sexual natural: sin distinciones de parentesco (a condición de haber los dos sexos)[1], sin estado civil, sin ceremonia, por libre consentimiento mutuo. Unión plural o única, franqueza y libertad.

Unión sexual civilizada, llamada matrimonio: con distinción de parentesco, con estado civil, con ceremonias, por consentimiento mutuo y por autoridad, adulterio, prostitución y esclavismo. Uniones civilizadas entre individuos del mismo sexo.

Ocupación natural: actividad.

Ocupación civilizada: trabajo agotador.

Alimentación natural: simple, sin excitantes, con numerosos vegetales. Bebidas naturales: leche, agua de fuente o de río, zumos de frutas. Postres naturales: cremas, mermeladas, pasteles secos, frutas.

1 A condición, bien entendido, de que la mezcla de la misma sangre no degenere la especie.

2 Los que profesan el estado salvaje se nutrirán de alimentos crudos.

Azúcar natural: miel; azúcar civilizado: azúcar blanco fabricado. Cada región consume sus productos, no hay exportación[2].

Alimentos civilizados: refinados, complicados, con excitantes. Bebidas civilizadas: vinos finos, alcoholes, aperitivos. Uso del tabaco. Exportación de productos o comercio. Postres civilizados: pastelería, piezas montadas, frutos recolectados en invernaderos.

Abrigos naturales: cuevas, cavernas, chalets, cabañas (casas de piedra y ladrillos semicivilizadas).

Abrigos civilizados: siempre sin aire ni luz, alquiler, apartamentos, palacios, casas de placer.

Batería de cocina natural: utensilios de barro o gres, o muy simples.

Batería de cocina civilizada: innombrables utensilios de metales diversos, porcelanas, vidrio, platos complicados y refinados.

Vestidos naturales. Vestidos amplios, generalmente capas y túnicas de manera que el aire pueda penetrar por los poros, con la facultad de estar desnudos según el gusto, el clima y el temperamento. Nada de zapatos asesinos, sandalias o el pie desnudo. Nada de sombreros (sombreros de paja para el sol). Ni corbatas ni guantes. Pieles de animales, vestidos de tela.

Vestidos civilizados: trajes ajustados, camisas, cuellos almidonados, sombreros, corbatas, guantes, botines, seguir la moda.

Peinados civilizados: utilización de pomadas cosméticas, olores, peines y otros artificios.

Peinados naturales: flotando a la voluntad del viento.

Placeres naturales: danzas campestres, canto, música, ejercicios de destreza, arte rudimentario, modelado.

Placeres civilizados: recepciones, bailes, teatro, carreras de caballos, coches, bicicletas, toros, caza.

Cultivo natural: si falta la vegetación espontánea, cultivo restringido, utilizando como abono natural excremento o humus.

Cultivo civilizado: cultivo intensivo con laboreos repetidos muy profundos, mezclando el suelo y el subsuelo, con abonos químicos e invernaderos.

Flores en el estado natural: mueren allí donde nacen, donde han vivido y no conocen los invernaderos. No se conoce el comercio.

Flores en estado civilizado: una vez eclosionan los cortan (les quitan la vida), para hacer ramos y frecuentemente son cultivadas en invernaderos, es decir con calor artificial. La razón es que los civili-

zados comercian con ellas y que las necesitan en gran número. Lo mismo pasa con las frutas y las legumbres.

Muebles naturales: pieles de animales, alfombrillas, muebles muy sencillos de hueso o de madera.

Muebles civilizados: muebles molestos, inútiles, cortinajes, tapices, nidos de suciedad y de chinches.

Pintura de arte natural: la naturaleza crea por sí misma las más bellas obras realistas, sólo es necesario contemplarlas.

Pintura de arte civilizado: necesita diversos trabajos químicos (envenena el organismo humano, salario, capitalismo, poder... como para casi la totalidad de los oficios), cuadros, dorados, pintura, escultura y negocio, en conjunto constituyen lo artificial.

Música natural: instrumentos de cuerda, flautas...

Música civilizada: instrumentos mecánicos y funcionamiento por vapor.

Camino natural: sendero.

Camino civilizado: carretera.

Canto natural: la voz.

Canto civilizado: el gramófono y el fonógrafo.

Medicina natural: las plantas antivenenosas y la higiene.

Medicina civilizada: productos farmacéuticos.

Teñido natural: plantas tintoreras.

Teñido civilizado: productos químicos.

Aquí tenéis unas explicaciones que no agradan a un gran número de gente, pero que no nos culpen, ya que no hemos inventado nada, las leyes de la naturaleza son así y lo lógico es observarlas.

Henri Zisly

L'Ordre Naturel, número único, París, noviembre de 1905, p. 3
(notas de Henry Zisly y traducción de Llavors d'Anarquia)

EL NOMADISMO

Dos artículos han aparecido en *Le Libertaire*: uno de Maurice Gilles,

«El retorno a la Tierra», el otro de Fleur-de-gale, «Reflexiones mordaces».

Me adhiero inmediatamente y en todos los puntos al artículo «Corrientes y Corredores» y estoy persuadido de que en efecto, actuando según nuestro pensar individualista y asociando nuestros esfuerzos lo más frecuentemente posible, podremos encontrar un medio de crear una organización de propaganda anarquista.

Pero soy partidario de no rechazar ninguna forma de acción individual, aún más querría un mismo individuo capaz de poder estar eficazmente en todos los *milieux*.

No quiero que el individuo se confine en tal o cual propaganda, no querría exclusivismos del pensamiento o del actuar, pues los exclusivismos son incompletos.

Es necesario, en mi opinión, realizar el hombre completo y normal que resumiría en él el mayor número de ideas justas y sería apto para cumplir el mayor número de acciones útiles.

En este tema, vuelvo al artículo de Gilles y creo que comete un error en este sentido cuando todavía incurre en exclusivismos.

No deseo crear antes campesinos que ciudadanos. Deploro que los hombres no puedan gozar de la vida tranquila de los campos y de la actividad febril de las ciudades.

Por los mismos motivos, encontraría insuficiente el *milieu libre* donde estuviera admitido que sus miembros estén perpetuamente consagrados a la actividad en el mismo *milieu*; y la escuela libertaria donde sus alumnos no entiendan jamás otra cosa que los mismos profesores. Y he aquí porqué quisiera que se multiplicasen los *milieux libres* a fin de que los miembros jóvenes de estas colonias pudiesen frecuentemente cambiar sus formas de actividad, a fin de que estos niños pudiesen a la vez de engrandecer el círculo de sus afectos engrandecer el de sus conocimientos.

He aquí porque aún no quisiera que se entretuvieran en evolucionar en el seno de estos *milieux* «buenos» a fin de que aprendan el «mal», que prueben la necesidad de destruir, sin duda, el seno mismo de la sociedad podrida donde vegetamos.

Y es por ello que grito: ¡el sedentarismo es el enemigo! Porque quisiera ver alzarse a numerosos hombres de los que siempre van

1 Truster: el que monopoliza en un trust.

creciendo, de los más jóvenes, ver el círculo de sus peregrinaciones a través del mundo, las cuales les permitirían conocer las campiñas, las ciudades, las provincias, las naciones, por toda la Tierra, los lugares de planicie, de montaña, las regiones boscosas, las estepas y los desiertos, los ríos y los mares, los puertos y las minas; el anglosajón, el latín, el eslavo, el yanqui, el manchú, el japonés, el fueguino, y el patagón; el mandarín y el culí, el *truster*[1] y el *cowboy*, el *mujik* y el gran duque, el emperador y el diputado, el campesino y el obrero, el funcionario, el viajante de comercio, el notario y el pedagogo; la taberna y el usurero, el guardabosques y el policía de las brigadas, el cazador furtivo, el contrabandista y el apache.

Quisiera ver alzarse a estos hombres que por el nomadismo tenderían a la omnipotencia por la omnisciencia.

Los veis a estos hombres a la vez de pensamiento y acción, estos errantes sin fuego ni lugar, deshojando cada día una página nueva del libro más grande que existe, el más completo, el más exacto, el gran libro de la naturaleza; estos nómadas teniendo por gabinete de estudios y laboratorio el mundo entero, estos anónimos, en ninguna parte catalogados; estos sin familia, estos sin patria que no quieren más que intensificar su amor por desplazarse más tiempo desconociendo leyes y fronteras; estos políglotas entendidos en gran número de lenguas, y propagadores de esta lengua de amor y fraternidad que los hombres empiezan a llamar la lengua universal, el esperanto; estos médicos, estos cirujanos, estos sabios que quieren curar la humanidad del cáncer Autoridad que la devora, que conocen bien el mal que han estudiado de cerca y las armas que es necesario emplear para destruirlo; estos proteos, en fin, estos insaciables, siempre en todas partes y en ninguna.

¿Creéis, camaradas, que delante de estos hombres «solos», estos hombres «fuertes», la Sociedad actual puede mantenerse mucho tiempo en pie?

Es necesario actuar queriendo que ahora estos hombres se alcen, y se alzarán.

Bálsamo

Le Libertaire, n.º 33, del 10 al 23 de junio de 1907
(reproducido de *Communautés*,..., (Dis)Continuité,
septiembre de 2003, pp. 88-89)

DECLARAMOS

Declaramos que *La Vie Naturelle* abarca, como *manifestaciones anticientíficas*, el vegetarianismo, el naturismo libertario y el salvajismo en sus diversas formas, sin detenerse en vulgarizar más que uno solo de estos movimientos. No caemos en lo absoluto ni en el puritanismo, sería contrario a nuestros sentimientos antirreligiosos, y no estableceremos sobre los ídolos caídos un nuevo dogma naturien.

¡Abajo la diosa Naturaleza!

La Vie Naturelle

La Vie Naturelle, n.º 2, julio-agosto de 1908
(reproducido de *Naturiens*,..., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, p. 104)

EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

¿La asociación anarquista puede tener por base la esclavitud?

¿La abolición de la esclavitud humana no tiene como consecuencia reforzar, completar, intensificar la esclavitud del animal?

Hoy en día el hombre no sabría vivir sin el concurso de los animales.

El caballo es útil para la tracción concurrentemente con el buey, los dos «dan» también su carne, no se sabría pasar sin leche, huevos, pescado...

Los carreteros, los boyeros, los agricultores, los pescadores, igual que los consumidores de los productos y los beneficiarios de la explotación de los animales tienen generalmente una suerte poco envidiable: la mayoría sufre.

¡Y qué decir de los animales! ¿Hay peor fortuna que la del caballo o buey de trabajo?

Qué pensaría el caballo del cochero, si leyera: «sean buenos con

los animales». Pensaría, sin duda, que el hombre es un animal con buenos sentimientos, pero que su vida no le permite su aplicación. Pensaría quizás que somos bromistas, burlones, a la vez que unos farsantes, pues él sabe cuán larga es una jornada, el que sufre el martirio desde el día en que le arrebataron de la pampa, de la pradera, para agonizar sobre el adoquinado de una gran ciudad; quebrado, molido, roto, cada día ha de correr más y más, de manera que el agotamiento, el desgaste producido por la fatiga constante hace que su vida se vea acortada a la mitad. ¡Ved en qué estado quedan los miembros de los animales usados para el trabajo!

Qué suplicio, qué aplastante fatiga, qué sobreesfuerzo es necesario que sufra un ser para que sus días sean reducidos a la mitad, para que un adulto esté tan agotado como un anciano.

¡Los miembros de los animales retorcidos, deformados por el trabajo, acusan un sufrimiento que no tiene igual más que en el del tullido por el reumatismo!

El caballo es la más noble conquista del hombre, ¡desdicha para el conquistado!

Y el hombre todavía habla de humanidad, de hermanos inferiores. ¡Menudos crápulas, los hombres! ¿Hay algún animal que siembre tanto dolor como el hombre?

Los animales carnívoros acechan sus presas, las persiguen y las matan inmediatamente. El hombre ha creado la esclavitud, la explotación.

Qué fuente de sufrimiento será abolida el día que la humanidad desaparezca. La muerte de un hombre es un bien para la animalidad.

El individuo superior es aquel que, para su vida, no pide la menor cantidad de sufrimiento. Es pues superior aquel que demanda de la animalidad el menor concurso o un concurso cada vez menor.

Pero voy a detenerme en este tema, me aparto tanto de la opinión corriente que temo desvariar, sin embargo, pienso estar en lo cierto. Pero la certeza que entreveo es diferente que la que reconoce la mayoría. Se tiene el dinero necesario, se siente una necesidad y se utilizan los animales, se les explota, se les tortura, se perpetúa su esclavitud y la de uno mismo.

Sí, la esclavitud del hombre proviene de su necesidad de explotar a los animales para tener leche, carne, huevos, trabajo... Durante miles de siglos, el hombre no ha consumido la leche de los animales, el

animal que no está domesticado no toma leche más que durante la lactancia, cuando es pequeño y en la cantidad justa y necesaria. Ha sido sólo por medio de una lenta evolución, como consecuencia de una preparación buscada que el hombre ha logrado hacer de la vaca y de la cabra verdaderas fábricas de leche. El mismo hombre sólo debe consumir leche mientras su dentición no está suficientemente completada para consumir materia sólida; es una verdadera aberración que el hombre teniendo dientes consuma leche; además más de la mitad de la humanidad no consume lácticos y es tan vigorosa como la otra mitad.

¿Cuantos millones de hombres viven perfectamente sin consumir carne? ¡Tenemos caninos! Y el chimpancé también... ¡entonces?

También ha sido por selección, por sobrenutrición, por protección, que hemos llevado al pollo y al pato a poner enormemente; y es también porque aplicamos un sistema para impedirles empollar —otro martirio— que tienen esta necesidad. Fuera del régimen civilizado el hombre solo tenía raramente la oportunidad de consumir huevos, era puramente accidental, porque los pájaros salvajes ponen poco, y empiezan enseguida a empollar; además los animales eran relativamente poco numerosos antes de que los hombres los domesticasen.

Pocos estragos puede hacer en un radio de algunos kilómetros una pareja de carnívoros, tigres, leones, lobos o tejones... Países como Australia estaban recorridos por algunos millares de famélicos, antes de la llegada de los blancos; si hubiesen tenido carne en masa habrían sido numerosos, mientras que hoy, Australia se puebla y exporta montañas de carne —y sus habitantes no gozan precisamente de felicidad por ello—. ¡Qué más da!

El automovilismo viene afortunadamente en socorro de la animalidad, suprimiendo la demanda de trabajo, y también mi desarrollo, mi desarrollo mental, que hace que me sirva de los animales sólo en la medida en que no puedo evitarlo, porque comprendo su sufrimiento, porque busco darles en la medida de lo posible bienestar, es decir, libertad, espacio, un buen alimento, cuidados y un poco de trabajo, porque todo lo que está vivo constituye mi familia, porque soy feliz cuando un insensible muere. Deseo un poco de liberación para mis viejos compadres los animales; después de todo, el sufrimiento animal está en relación directa con el número de los hombres.

Mi guía, con respecto a los animales, es tan firme que se corres-

ponde exactamente a la guía de mi personalidad. Que se calcule el coste de las calorías producidas por el alimento vegetal y por el alimento carnívoro, y se verá que la felicidad del hombre depende de la del animal.

Y además cuánto espacio ocupan las praderas, los cultivos especiales para los animales: la mitad de esta inmensidad podría ser repoblada. ¡Los bosques! Riqueza y régimen normal de las aguas aseguradas, he aquí alguna cosa interesante para la humanidad.

¡Has de pensar en esto: en cuánto has de trabajar para poder servirte un bistec, leche, unos huevos, pagarte un coche!

Si comprendes, si eres más cultivado, tus hijos no serán en el futuro carne de presidio y construirás tu cabaña al borde de un bosque, pero... además está tu compañera, ¡oh, tu compañera...!

Entonces los animales sufren por la compañera y la bestialidad del hombre.

G. Butaud

La Vie Anarchiste, n.º 18, 1 de enero de 1914
(reproducido de *Naturiens...*, (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 180-182; traducción de R. R.)

REGENERACIÓN HUMANA, CIENTÍFICA Y RACIONAL

La humanidad no llega a marchar recta más que después de haber andado bajo todas las formas oblicuamente.
Herbert Spencer

A fin de explicar los fenómenos de la naturaleza que percibió de una manera más o menos exacta, el hombre concibió una teoría de orden biológico y aplicó sus principios a su propia especie.

La decrepitud de formas de la fisiología del hombre y de su psíquico, el ahondamiento de su vitalidad ante la potente bacteria, prueban de manera fehaciente que las leyes imaginadas por ellos para regir su existencia están envueltas de errores fundamentales.

Habiendo hondamente padecido yo mismo de este estado de cosas; he interrogado durante varios años, y bajo diferentes climas, imperiosamente la naturaleza, y he observado metódicamente sus extrañas manifestaciones; este trabajo metódico me ha permitido construir un plan biológico aplicable al hombre, no siendo este plan en el fondo más que el calco del que dirige de manera imperiosa el reino animal. Es, pues, bastante lógico que él pueda convenir al hombre, y está al menos en sus grandes líneas en contradicción formal con el anterior.

Habiendo aplicado una parte de estas nuevas teorías conmigo mismo en condiciones particularmente deficientes y habiendo obtenido —a pesar de esa gran desventaja— resultados asombrosos, susceptibles de dar a la ciencia humana las más grandes esperanzas, vengo a llamar la atención sobre estas ideas personales y sobre los resultados extraordinarios que ellas me han permitido alcanzar: rejuvenecimiento considerable, en el sentido exacto de la palabra; un verdadero retorno cronológico, una revitalización característica, que hizo desaparecer una serie de mareos patológicos de los más serios.

Todo esto fue conseguido a pesar de una pesada herencia, de un pasado patológico grave, mareos dispépticos, linfáticos nerviosos y pulmonares importantes, después de una estancia en el ejército durante dos años de guerra, de una grave herida en el bajovientre recibida ante Verdún en 1916, que me valió pasar 18 meses en los hospitales militares y recibir el 65% de la pensión.

Si no se quiere considerar más que el rejuvenecimiento, hay que admitir que he alcanzado a este respecto lo que ni Dastre, ni Luinton, ni Metchnikoff, ni Voronoff han podido obtener con medios complicados o violentos, lo que nadie en el mundo había logrado antes ni de una ni de otra forma. Y, sin embargo, esto lo pude hacer de la manera más simple: fue el resultado matemático de un esfuerzo metódico, fundamentado en el dominio de la lógica; estos resultados están hoy a merced del que quiera seguir con cuidado mis consejos particulares y generales.

He aquí, pues, hechos indiscutibles: he aquí resultados de la aplicación parcial y deficiente de teorías científicas altamente revolucionarias, pero construidas sobre el método científico y la pura lógica; si es admitida su autenticidad, debe provocar un vivo asombro e inspirar un serio examen, puesto que he alcanzado el progreso humano

en sus obras más vivas, sentando las bases de una humanidad normal susceptible de vivir sana y feliz, aportando la prueba teórica y práctica de que nuestra ciencia marcha por un camino equivocado y que basta bien poca cosa para conducirla a las vías normales.

Una serie de fotografías únicas, varios documentos y mi persona constituyen la prueba indiscutible de lo que anticipo.

Antes de seguir adelante, tengo a bien especificar que no vendo ninguna receta ni producto particular; he invertido mi energía y voluntad en la práctica del método preciso y de la lógica para el triunfo de la verdad científica y del progreso humano, siendo ésta la única razón que me hace obrar, y por la cual me he entregado a gastar mis fuerzas con entusiasmo y sin ninguna ánimo lucrativo.

Veamos ahora las teorías. De forma bastante breve han sido resumidas en una obra titulada *La caída de la Humanidad*. No se pueden juzgar cien siglos de civilización ni centenares de años de errores científicos en un volumen. Con mayor razón se me excusará si no puedo extenderme aquí, de la forma que uno desearía, a pesar de la buena acogida —de la cual estoy sumamente agradecido— que se me hace en esta publicación.

Las líneas generales de la biología clásica están sobre todo constituidas por leyes, que tienen por rasgos generales la adaptación al medio de la materia orgánica del mismo, la conservación de éste, su reproducción y su eventual evolución. Por ahora no quiero ocuparme más que de este medio, y establezco una nueva rama: la relativa al estudio general y particular de los instintos, haciendo de ellos el eje de la historia de la vida de los seres, como la paleontología y la embriología se remiten a la historia de los mismos. Yo propondría la palabra instintología para designar esta nueva ciencia.

En lo concerniente al medio, el hombre se ha elevado a tal altura, que no ha observado que la mayor parte de sus actos refinados tenían por objeto reformar el medio natural inmemorial, del cual han salido todos los seres y del cual sacan las materias indispensables para su conservación. De este medio natural él ha hecho, para los animales y para sus semejantes, un medio absolutamente artificial, extrabiológico, anormal. Se ha obligado a procurarse los principales elementos en una fuente antinatural, habiendo perdido su carácter vital; de esta forma ha sumergido su especie en una fase de degeneración sin parangón en el reino animal independiente, degeneración

que va acentuándose y que nos precipita hacia un fin relativamente corto e inevitable.

Resumo lo precedente por la siguiente ley: el medio natural es el conjunto de elementos y factores terrestres o extraterrestres, no habiendo sufrido directa ni indirectamente ninguna modificación o alteración artificial de origen humano.

En consecuencia, el fuego —de origen humano— es un factor artificial, y los alimentos cocidos lo son más aún; la cocción alimenticia es un proceso reciente, totalmente desconocido en todos los periodos biológicos del pasado, por lo que no permite ninguna adaptación normal al medio, y degenera vivamente los animales que a ella recurren más o menos voluntariamente.

Respecto al instinto, pongo este principio fundamental, que refleja de manera límpida el código vital de todos los animales, desde el más pequeño al más grande, desde el más inteligente hasta el más estúpido, y que dirige hasta el reino vegetal.

El instinto es la fuerza hereditaria que dicta imperiosamente a todo lo que anima la vida sobre la Tierra, la naturaleza precisa del movimiento que debe ser ejecutado automáticamente, fuera de todo razonamiento, permitiendo sacar la mayor ventaja del medio natural, de adaptarse instantáneamente, de mantener una vitalidad ideal, una reproducción perfecta y una evolución racional.

Esta ley indica, sobre todo, el hábitat, la manutención, el sueño y la reproducción: se aplica sin excepción a todo el reino animal incluida la especie humana; es ella precisamente quien permite a los animales más estúpidos vivir en perfecto equilibrio, sin tener que recurrir a cálculos complejos para saber cuántos gramos de tal o cual producto deben ingerir, cuántas horas deben dormir ni qué precauciones deben tomar para evitar tal o cual enfermedad.

Esta ley no tiene valor más que en presencia de un medio íntegramente natural; ante un medio o elementos artificiales, el instinto se desvía, se desorienta, se hunde. Es por esta razón que se ven animales salvajes volverse alcohólicos por intermedio del hombre; que insectos, pájaros o peces se precipitan, a riesgo de matarse o quemarse, hacia la luz (lámparas, faros, etc.), y a gran cantidad de animales de todas las especies ingerir sin titubeo alguno alimentos o productos químicos de cocinas o laboratorios del hombre, a riesgo de morir algunas veces instantáneamente.

Es un verdadero suicidio inconsciente que la naturaleza tan perfecta deja que se realice, y para este lento suicidio tiene recursos la especie humana.

El hombre se ha puesto deliberadamente fuera de las leyes de la naturaleza: 1.º, desnaturalizando su medio y los elementos de conservación que de él obtiene, desvitalizándolos y artificializándolos; 2.º, por no darle importancia alguna a los instintos más preciosos y elementales, poniendo en marcha así un ciclo antibiológico de los más graves.

He aquí la explicación de nuestro hundimiento vital, morfológico, fisiológico y psicológico; he aquí la fuente de la inverosímil debilidad humana ante el microscópico microbio y el porqué la existencia promedia humana queda reducida a la cuarta o a la quinta parte de lo que debiera ser; y por qué, por no citar más que hechos recientes, la última monstruosa guerra sumió a millones de hombres en la muerte y el dolor; y la última epidemia gripal costó más de 20.000.000 de vidas humanas; así como la peste pulmonar, o probablemente otra epidemia desconocida, terminará aniquilando la humanidad entera.

En tales condiciones, ¿qué se puede esperar de la herencia y la evolución antropológica? Un desastre fatal.

Es lo que los hechos, las estadísticas y la historia de la civilización demuestran. La hembra humana llega a recurrir en su degeneración a la monstruosidad de pedir leche a una especie animal extraña. Por otra parte, la mujer no sabe elevar racionalmente, fuera de todo consejo, la progenitura siempre tarada que ella ha puesto penosamente en el mundo con recursos extraños. La belleza ideal de la especie, los seres perfectos dotados de altas cualidades morales, no existen prácticamente. El hombre contemporáneo es más bien un ser profundamente desvirtuado, y su organización social «civilizada» una cosa bastante deplorable. Él solo es el que se ha salido de la gran corriente vital universal; él se ha rebelado contra las leyes naturales universales; él es también el único de los animales independientes que conoce una vitalidad general tan decaída.

Con un pesimismo violento y con un profundo dolor, examino la humanidad presente; pero poseo una visión clara del programa de la regeneración rápida de nuestra especie, y entreveo para aquellos que tendrán la dicha de escapar a las numerosas catástrofes que se avecinan o que harán lo necesario para no contagiarse, una vida extraordinariamente bella y fácil, envolviendo al hombre en una esfera

ideal, haciéndole poseer, gracias a los medios científicos e industriales que tiene a su alcance, lo que todas las religiones prometen a los hombres ansiosos después de su muerte: el «paraíso», pero con la diferencia de que éste será terrestre y a la entera disposición de todos.

Para abreviar esta disertación y no examinar más que su punto capital, que es la región y la alimentación, ¿cuál es, pues, el clima y la categoría de alimentos naturales, proviniendo de un medio normal, que han de permitir al hombre respetar las leyes biológicas, conocer una enorme vitalidad, reproducirse y evolucionar de manera normal, suprimiendo la mayor parte de trabajo estúpido y a menudo inútil, al cual se esclaviza, y permitir el establecimiento de una organización social perfecta, dando satisfacción a todos los deseos a los que la humanidad aspira desde que la civilización humana existe? Clima semitropical de una parte y frutos crudos de otra.

Nuestra fisiología y el estudio de lo que nos queda de instintos normales prueban enteramente estas afirmaciones; sin embargo, resulta necesario insistir sobre este hecho, que los frutos que convienen al hombre han de ser perfectamente maduros, altamente hidrocarbonados, y no como la mayor parte de esos frutos deplorables, ácidos y verdes, que se encuentran en el comercio. Solamente estos productos darán a las células de nuestras diferentes vísceras, a nuestros tejidos, al plasma sanguíneo y linfático las sales minerales preciosas y los elementos vitales sin los cuales no hay vida normal posible.

En lugar de estos minerales especiales que las células esperan con verdadera ansiedad, el hombre introduce en su alimentación una serie de productos artificiales que desvían los instintos de las células, obligándolas a sacar partido de una situación para la cual no han sido jamás creadas. Estas células se las arreglan de la mejor manera que pueden; pero finalmente, agotadas, ceden ante la bacteria o ante la muerte o, en última instancia, evolucionan siempre en sentido degenerativo.

Resulta evidente, pues, que todo cuanto se ha escrito sobre la cuestión de calorías, albúminas, de cuerpos grasos y de sales minerales ha sido erróneo, por el hecho de no haber tenido en cuenta el instinto. ¿Qué le interesa al tigre cautivo todos los cálculos humanos relativos a su pretendida ración azoada, o al número de calorías que debe ingerir, si todo eso se lo presentan en forma de avena cocida o arenque salado?

El hombre para todo lo concerniente a la albúmina, cuerpos gra-

sos y sales minerales alimenticias no precisa más que interrogar al instinto; él le contestará claramente que todas estas sustancias, bajo la forma que son presentadas, son de absoluta inutilidad, porque como *frugívoro* nada de todo eso le piden sus instintos. Todos los frugívoros de la creación lo demuestran sobradamente, a pesar de las más hábiles hipótesis. La célula antropológica, para su desarrollo, no tiene necesidad más que de azúcar y sales minerales rigurosamente intactas que se encuentran en los frutos suculentos o en ciertos vegetales. Ningún razonamiento, basado en las vitaminas, las enfermedades por carencia, simbióticas, imaginarias, no explicará más claramente esta verdad que toda la creación pone en práctica desde que la vida existe sobre la Tierra.

Es, pues, la aplicación de una parte de los principios que preconizo lo que me ha permitido realizar el sueño más atrevido que anhelan con ansiedad tantos cerebros desde hace infinidad de siglos: rejuvenecer o, mejor, envejecer con extrema lentitud...

El porvenir de la humanidad y el progreso dependen incontestablemente de dos cosas fundamentales: frutos y sol.

A los que les interese tal programa, espero que me ayuden a realizarlo.

Maurice Phusis

Helios, n.º 60, mayo de 1921, Valencia, pp. 112-116
(traducción de M. Taléns)

A LOS NATURISTAS DE TODOS LOS PAÍSES

A fin de que nuestros esfuerzos no sean nulos y que nuestros trabajos engendren cosas duraderas, sería útil crear una liga, un organismo, una relación o más bien una unión entre todos los partidarios de la higiene, de la belleza, de la salud y de la libertad en la naturaleza.

Por consiguiente, sería ya tiempo de examinar los medios para crear

este organismo que se llamaría Sociedad, Federación o Unión, según los deseos expresados en una reunión o congreso convocado a continuación de los trabajos preparatorios ejecutados.

Esta organización debiera agrupar nacional e internacionalmente todos los vegetarianos, naturistas, vegetalianos, frutarianos, neonaturistas, naturistas de todas las escuelas.

Sería, a mi juicio, el mejor medio de unir a todos los partidarios de la vida sana, hermosa, libre y lógica.

Sería útil que se creara desde ahora una comisión encargada de bosquejar las bases del movimiento y examinar las realizaciones inmediatas de liberación humana y defensa de las leyes naturales.

La idea está lanzada; que todos a los que les interese esta iniciativa lo escriban y se lo envíen a HENRY LEFEVRE, Chatillon sur Thonet prés Parthenay (Deux-Sévres), FRANCIA, a fin de que lo más pronto posible se pueda formar un comité de fundación y organización.

El resultado de los trabajos de elaboración será publicado para conocimiento de nuestros amigos, en un boletín anexo, hasta nuevo aviso, al NÉO-NATURIEN. Éste será el boletín de la organización que se llamará más tarde Federación o Sociedad Naturocrática, Naturiana, Partidarios de la vida sencilla o natural... ¡qué sé yo!

Será misión de la reunión preparatoria o congreso la de fijar nombre, domicilio, oficinas y medios de acción.

Henry Le Fèvre

Naturismo, n.º 25, Barcelona, abril de 1922, pp. 124-125
(traducción de A. N.)

VEGETALISMO

Deseando encontrar unos amigos a quienes no veía desde mucho

1 Los términos franceses constan como tales en el original. En este caso «Foyer» se puede entender como Centro Social.

tiempo ha, las leyes de la telepatía condujéronme al *Foyer Végétalien*[1] precisamente en uno de estos momentos trágicos de mi vida, hará de ello unos siete meses, y allí los hallé.

Desde aquel día fui asiduo del *Foyer*. Cuando uno llega allí por primera vez, queda admirado de todo lo que le rodea, precisamente porque acostumbrados a las complicaciones, nos extrañan las cosas fáciles y sencillas.

En largas mesas reponen sus fuerzas, con un buen apetito, unos doce o catorce individuos de ambos sexos y de diferentes países de Europa y América en particular; la diversidad de las lenguas hace que muchas de las veces recurran al idioma auxiliar Esperanto, facilitando así la comprensión entre sí, a la par que es como un lazo fraternal que los une, haciendo que una verdadera fraternidad exista entre todos.

De todos aquellos seres de diferentes países, hay que añadir las diferentes escuelas filosóficas a que pertenecen muchos de ellos. Socialistas, sindicalistas, anarquistas-comunistas, individualistas eclécticos y los hay cristianos y aún patriotas.

Durante las comidas, las discusiones se entablan, defendiendo cada uno sus concepciones filosóficas, pero las discusiones se desarrollan en medio de una hermandad sin igual. Nunca se oyen griterío s estentóreos y acalorantes, sino afable y reposadamente cada uno trata de convencer a su adversario, llegando las discusiones a revestir caracteres de controversia que los demás escuchan religiosamente.

Además de estas discusiones que por ser espontáneas no dejan de tener su grande y útil interés, hay que añadir las conferencias que periódicamente se organizan a cargo de hombres conocidos en el mundo de las letras y la ciencia médica. Allí se oye a Delonne, con sus cursos de literatura y lecturas comentadas; a Charlotte Dabi, defendiendo los derechos de la mujer; la voz apostólica de Han Ryner se ha hecho también aplaudir en la sala de conferencias, y así los doctores Legracis, Jaworsky y otros; Lamastine, que cada jueves da sus cursos de anatomía comparada; Sofía Zaikowska y V. Laurent, con sus interesantes conferencias de química.

Lecciones de gimnasia a cargo de experimentados profesores. Cursos gratuitos de Esperanto e Ido. De vez en cuando selectos conciertos son organizados, que llenan por completo el local, así como por

las conferencias de cultura intelectual y física.

¿Cómo, por qué y quién fundó *Le Foyer Végétalien*? El camarada Butaud, vegetaliano desde hace 12 años, joven a pesar de sus 56 años, abrigaba la idea desde hacía mucho tiempo de la creación en París de un restaurant vegetaliano. Primeramente la falta de medios económicos era un obstáculo serio paras la realización del proyecto. Debido a una herencia, fue vencida la primera dificultad.

Durante el pasado invierno, *le noyan* de vegetalianos se reunía en el taller del pintor Lontreuil, artista de mérito y vegetaliano, organizando en su taller las comidas en común. Allí Butaud expuso el proyecto; casí todos se rieron de él; no así Sofía Zaikowska, en quien encontró una ayuda eficaz y decidida. *La Maison Commune* de la *rue Bretagne* les servía a veces de tribuna, en donde exponían sus ideas y proyectos. Después de muchas reuniones, de idas y venidas y trabajos múltiples, consiguieron un local en el número 40 de la *rue Mathis*, que, arreglado, podría servir para el atrevido proyecto.

Vencida esta segunda dificultad del local, algunos compañeros albañiles, pintores, carpinteros, electricistas, etc., ayudaron desinteresadamente a vencer la tercera, abriendo el local al «público» en el mes de agosto de 1923.

Precio único, dos francos la comida; al establecer este precio hubo quien tildó de loco a Butaud. Para la comida no hay control ni límite. El «cliente» come de todo lo que hay, a su voluntad. El «menú» consiste en ensaladas compuestas por legumbres de todas clases y diferentes legumbres cocidas, a veces diversidad de pastas y arroz, pan integral y blanco y también trigo molido.

Le Foyer queda abierto día y noche y se ha dado el caso de que alguna mañana Butaud, al levantarse, ha encontrado un plato sucio encima de una mesa, que indicaba que alguien había comido durante la noche, y al lado del plato había los dos francos, el precio establecido.

Así como no existe control de lo consumido, tampoco lo existe del pago de la comida.

Con esas bases, que podríamos decir orgánicas, se abrió el *Foyer*, contando en sus principios con unos veinte comensales, para luego ir creciendo hasta llegar a los trescientos que actualmente acuden diariamente de todos los distritos de París.

¿Por qué en pleno París, en donde el clima intempestivo y la cantidad enorme de energías que consume la vida agitada de la gran

ciudad, la obra de Butaud ha sido coronada por el éxito? Porque Butaud ha pasado de la propaganda teórica a la propaganda del hecho. En los primeros seis meses de su funcionamiento ha dejado un beneficio líquido, contando los beneficios de la Biblioteca, de 7.000 francos.

Butaud, animado por este lisonjero éxito, ha dejado a otros camaradas el cuidado del *Foyer*.

Y con los siete mil francos ha ido a otra región de Francia, a propagar por el hecho como en París el vegetalismo.

Albert Delaville

La Revista Blanca, n.º 18, Cerdanyola (Barcelona), 15 de febrero de 1924, pp. 20-22
(sólo se ha recogido la parte del artículo dedicada al *Foyer*,
a la que se le ha añadido la nota)

HACIA EL ROBINSONISMO

Todo ser debe aplicarse las prescripciones de las leyes naturales. Su espíritu debe determinar las condiciones primordiales de la vida que se resumen en éstas: beber, comer y dormir. Cuando están satisfechas, se satisfacen las otras necesidades. Y las necesidades secundarias suplementarias, intelectuales, morales, estéticas, etc., son más fáciles de satisfacer que las primordiales, puede obtenerlas «baratas» y plenamente.

Simple mamífero, yo persigo pues mi postulado que consiste esencialmente en beber agua y nutrirme de las partes comestibles de los vegetales, tal y como la naturaleza me los proporciona. Gracias a las circunstancias, lo he conseguido plenamente, no cuezo nada y si no tuviera el capricho de difundir mis pensamientos, tendría la más bella vida del mundo: aquella del tigre, de la mosca, del rinoceronte... Del herbívoro, del frugívoro y del carnívoro salvaje.

Yo he reconquistado mi autonomía.

Para la alimentación, que es una cosa considerable de mi existencia, no tengo ninguna necesidad de los otros hombres. Para el resto, estoy obligado a proceder a cambios mediante el trueque o el dinero.

Quisiera que los hombres siguiesen el mismo camino que yo y que aquellos que han seguido una evolución parecida, de manera independiente los unos de los otros, confraternizando espiritualmente y en ocasiones materialmente respecto las necesidades secundarias, conservando su libertad completa, como la gacela en una bandada libertaria.

Todos los esfuerzos de mi propaganda no tienden a otro objetivo que este que anuncio. Sólo creo en el vegetalismo en cuanto conduce a los hombres al crudivegetalismo inicial. Las razas que desde tiempos inmemoriales practican el vegetarianismo —como la de los hindúes— no son casi en ningún aspecto superiores a aquellas que son omnívoras o a aquellas que siendo omnívoras no consumían una gran cantidad de carne hasta hace un siglo solamente. Yo hablo en general. En fin, en todos los tiempos, en todas las razas se han consumido frutos y legumbres crudas y alimentos a menudo a penas cocidos. Sólo después de una civilización muy reciente nos hemos equipado para cocer los alimentos a fondo.

Estoy contento del resultado de nuestra propaganda. Pero no estaré contento más que cuando existan grupos de crudívoros, cuando el mamífero viva su plena autonomía reconquistada, en la independencia mamífera. Lo que se desprendería de la vida, del estudio de la crítica de tales agrupaciones es inimaginable, pues todo mamífero tiene tiempo de ocio en abundancia y puede usarlo para la creación, la distracción y la propagación del pensamiento.

Desgraciadamente, aparte de este diablo de Grand-Jean —que él me perdone— tan cambiante en sus maneras de alimentación, pues tiene varias, no conozco a casi nadie ligado a estas vías naturales.

Yo concibo pues agrupaciones de individuos que persigan la realización integral de su autonomía mediante el retorno al crudivegetalismo absoluto, incluso pasando por el purgatorio del pan y de la patata cocida, participando en la confección de la basconnesa[1].

No concibo la práctica del vegetalismo con alimentación en parte cocida como una condición suficiente de liberación.

Por otra parte, en mi caso, no se trata —en principio— de luchar

1 La basconnesa es una ensalada de plato único cuyo principio básico es la variedad de componentes: verduras, lechugas, legumbres verdes, frutos e, incluso, pequeñas cantidades de patatas y legumbres cocidas. Rimbault comenta que en Terre Libérée disponía de más de cincuenta variedades vegetales silvestres para su basconnesa.

contra uno mismo, contra los otros o contra la sociedad, todo esto son negaciones y no se construye con negaciones. Y la vida es una construcción.

Es en el seno mismo de la madre donde persigo la formación feliz del niño, haciendo vivir a la madre una vida fisiológicamente normal. La madre debe, en la medida de lo posible, vivir de alimentos crudos, como lo reclama su animalidad. Un ser normal ignora la cocción alimentaría, y es en la norma donde debemos evolucionar.

El vegetariano que sólo consuma exclusivamente legumbres y verduras cocidas tendría una dieta deplorable, aunque más deplorable si le añade alimentos animales cocidos. Pero ante el desarrollo evidente del vegetarianismo de estos últimos años, nos vemos obligados a reconocer que la única invención real sobre vegetalismo propagada hasta hoy en día es la de la basconnesa. Suprimid la basconnesa y veréis que los vegetarianos abandonarán, y con motivo, el vegetalismo, y se verán obligados a buscar en otra parte que en los vegetales un apoyo no desvitalizado, no desorganizado químicamente y, sobre todo, físicamente por la cocción. A pesar del peligro de venenos que toda carne contiene y de su poco valor desde todos los puntos de vista, veréis a los deficientes vegetarianos volver a la alimentación animal e incluso a la carne cruda.

El vegetalismo sin crudivegetalismo parcial o total es una alimentación nefasta, toda cocción lo es por ella misma, inevitablemente, naturalmente; puedo decir que puesto que el mamífero no es más que el resultado de la naturaleza que durante nuestra evolución, desde la ameba hasta el homínido, no ha utilizado —indudablemente— la cocción.

Somos el producto de unas condiciones dadas. Cualquiera que sea nuestro intelecto, nuestra fatuidad, no podemos pretender, hoy día, modificar unas condiciones de vida impuestas y de las que somos la expresión.

¿La cocción tiene como objetivo hacernos diferentes a lo que somos? No, no es esto. Es simplemente una práctica, un hábito pero es anormal, falsea nuestras condiciones de existencia.

En otros términos el problema vital se resuelve por la aplicación de procedimientos naturales desconocidos por nosotros, sobre los que no tenemos ningún poder y que sufrimos ineluctablemente. Cambiar, por nuestra voluntad, la práctica de la alimentación es una

cuestión problemática, es desembocar, inevitablemente, no en un recrudecimiento de la potencia vital, sino más bien falsear las condiciones de vida, y el resultado es patente. Artríticos, tuberculosos, raquíticos, cancerosos, locos, neurasténicos de una parte, y de la otra miembros competitivos, pilares de la sociedad capitalista donde todo ser humano —sea cual sea— impone su voluntad sobre los otros individuos por la intermediación del dinero en tiempo de paz; presidiarios condenados a trabajos forzados, funcionarios, explotados, explotadores, comerciantes, ladrones y víctimas de robos, muertos de hambre y millonarios, intelectuales parásitos de los manuales, campesinos carceleros de la animalidad domesticada o ciudadanos que cada día degeneran... Todos con la cabeza llena de filosofía, el corazón desbordante de amor, cada uno defendiéndose, imponiendo, rechazando, mandando, sufriendo. He aquí a lo que estamos abocados. En pocas palabras: al modificar las condiciones esenciales del desarrollo de la vida, disminuimos nuestro florecimiento.

El bandidismo, la ferocidad, la prepotencia del dinero no es más que un pálido reflejo del bandidismo individual. Como ha escrito nuestro querido Víctor Hugo, el crimen no es más que el resultado de la ignorancia. Nuestro crimen colectivo —la sociedad actual— no es más que el resultado de nuestra ignorancia individual.

¡Imaginémoslo, sólo imaginémoslo, desgraciadamente! ¡Transformémonos cada uno de nosotros en crudivegetariano, viviendo cada uno en su huerto grande como un pañuelo de bolsillo entre sus árboles, en su cabaña, su choza, en su gruta clara y seca, su célula de cristal, cultivando y confeccionando personalmente su basconnesa! ¿Qué queda entonces de la organización actual?

¿De qué moral, de qué virtud tendríamos necesidad si tenemos ocio infinito? ¿A quién podríamos ofrecer nuestro superávit de productos, de actividad, de saber, de inteligencia, de amor en un mundo de gentes normales, de ricos sobreabundantemente ricos individualmente, tan ricos como nosotros?

Démosle a un rebaño aquello que denominamos riqueza. ¿Qué queréis que haga con ella un animal? ¡¡Qué queréis que haga yo con ella, el puerco, la cebra, Butaud, el mono!!

El mamífero, según sus necesidades, sus posibilidades, sus aspiraciones, pace, caza, hace expediciones, se desplaza para encontrar co-

mida. El mono juega, saquea, es indolente... —paz, pasto, quietamente, palabras acariciadoras, cosas benditas— juega con sus congéneres, con sus hijos; el carnívoro codicia y persigue a su presa y apaciblemente la digiere.

Como el mono, el bípedo humano come frutas, pero guarda algunas, facilita la vida a ciertos vegetales y cocina su basconnesa. Hacen falta tan pocos esfuerzos físicos para favorecer el crecimiento de los vegetales que consume que su ocio es grande y puede, por fin, liberado de la preocupación material, de la preocupación del presente y del futuro, dejarse llevar por la necesidad del don de sí, tan pujante en cada uno de nosotros.

¿Me equivoco?

Hay en mi carácter mucho de impulsivo que la edad no ha atemperado. Moriré niño grande: cuando concibo lo que quiero realizar me vuelco a buscar los medios para lograrlo. He tratado de vivir el comunismo con los omnívoros en Vaux, y en Pie Saint Meur, otra colonia comunista y cooperativa donde los elementos vegetarianos estaban representados, pero en Bascon, Sophia Zaïkowska y yo aplicamos el vegetalismo a partir de 1913, innovando con la basconnesa; y, en fin, desde mayo de 1923 funciona el *Foyer* parisino.

Quisiera ver ya mismo una agrupación de feroces individualistas viviendo sólo de alimentos crudos. Ciertas cuestiones se plantean a mi espíritu inquieto, investigador y fraternal. ¿El crudivegetalismo es la condición normal del hombre, el mamífero de imaginación más fecunda; la producción individual y la autonomía económica pueden suprimir la competición; el individualismo de Robinsón es el punto de partida del apoyo mutuo; la simplicidad de la vida conduce a la felicidad, y la multiplicación del número de robinsones y de grupos de robinsones facilita la independencia y los viajes individuales?

Toda realización tiene sus desilusiones. Somos incapaces de plantear un problema con todas sus variables, nuestras empresas se estancan en errores, pero finalmente Bascon es superior a la Pie Saint Maur, que en tanto que dieta tenia alguna superioridad sobre Vaux. Un omnívoro transformándose en vegetariano, en vegetaliano y después en crudivegetaliano reencuentra como mínimo en cada estadio un poco de independencia, de salud, de la quietud natural normal, animal, salvaje, primitiva...

¿El crudivegetaliano puede vivir feliz en unas condiciones más na-

turales que las que la civilización nos ofrece?

Yo creo que sí, para mí esto está claro. Estoy satisfecho con la evolución que he seguido. Si otros bípedos quieren, como yo, jugar a Robinsón, estoy presto a ayudarles y a ponerlos en relación entre sí.

Bascon ha sido el semillero del vegetalismo; el *Foyer* de París permite contemplar cómo individuos de todas las profesiones, de todas las confesiones, se benefician de su práctica. Y Niza ya lo secunda por esta vía. Las consecuciones producto de la iniciativa de los crudivegetalinos pueden suponer una contribución para las propuestas que persiguen solucionar el problema social.

¿El robinsonismo es una solución feliz? Con la fuerza de la seguridad, con alegría, puedo decir que lo ha sido para mí. La naturaleza es nuestra madre, nuestra diosa; mis sufrimientos no son otra cosa que los residuos de mi vida física, intelectual y moral pasada. ¿Qué resultará de las tentativas de agrupación de los robinsones crudivegetalianos?

G. Butaud

Le Végétalien, n.º 1, 1924

(reproducido de *Naturiens*,.., (Dis)Continuité, septiembre de 2003, pp. 314-317 (traducción y nota de R. R.)

BIBLIOGRAFÍA

AMINOT, TANGUY L' (1991): «Une lecture ouvriere de Rousseau à la Belle Èpoque: les Naturiens», en Jacques Doménech (edit.): *La Réception de Voltaire et Rousseau en Egypte. Actes du colloque international: Le Caire, 26-28 février 1990*, Centre d'Études Françaises, El Cairo (Egipto), pp. 41-60.
—«Presentation», en *Le Naturien*, Colección «Bibliothèque des Etudes J-J Rousseau», n.º 5, Montnorency, s.f.

BAUBÉROT, ARNAUD (2004): *Histoire du Naturisme. Le mythe du retour à la nature*, Presses Universitaitres de Rennes, Rennes.

Communautés, naturiens, végétariens, végétaliens et crudivégétaliens dans le mouvement anarchiste français (1895-1938), en *Invariance*, suplemento al n.º 9, serie IV, enero 1994, y en (Dis)Continuité, febrero de 1994 y septiembre de 2003.

LLAVORS D'ANARQUIA (2005): *La Civilización es el Mal y la Naturaleza el Bien (1894-1910)*, Llavors d'Anarquia, Barcelona.

MAITRON, JEAN (1975): *Le mouvement anarchiste en France*, dos volúmenes, François Maspero editor, París.

Naturiens, végétariens, végétaliens et crudivégétaliens dans le mouvement anarchiste français (1895-1938), en *Invariance*, suplemento al n.º 9, serie IV, julio 1993, y en (Dis)Continuité, julio de 1993 y septiembre de 2003.

PETIT, DOMINIQUE (2005): «Los naturistas, precursores del ecologismo», en *Re-Evolución*, n.º 1, marzo, A Coruña, pp. 45-48.

ROSELLÓ, JOSEP MARIA (2003): *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarismo naturista, vegetarismo social y librecultura*, Virus Editorial, Barcelona.

¡Viva la naturaleza!

A finales del siglo XIX en la Francia del positivismo científico y del auge del desarrollo capitalista, surgen, entre los libertarios, los naturien. La iniciativa parte de Emile Gravelle con la publicación de *L'Etat naturel*. Individualmente o en colectivo los naturien no sólo ensalzan la naturaleza y denigran la civilización, también viven o experimentan formas acordes con su pensar.

En el estado natural, todas las regiones fértiles de la Tierra poseían una flora y una fauna originarias abundantes y variadas, y habiendo la estadística establecido las cifras de superficie y de población de los países conocidos, nosotros afirmamos:
Que la miseria no es inevitable.
Que con la sola producción natural del suelo se obtiene la abundancia.
Que la salud es la condición normal de la vida.
Que los males físicos (epidemias, enfermedades y deformidades) son obra de la civilización.
Que los desastres llamados naturales (avalanchas, inundaciones, sequías...) son consecuencia de los atentados contra la naturaleza llevados a cabo por el hombre.
Que no existe el mal tiempo, sino movimientos atmosféricos siempre favorables.
Que la ciencia no es más que presunción.
Que la creación de lo artificial ha determinado el sentido de propiedad.
Que el comercio y especulación sobre lo artificial ha engendrado el interés, ha depravado al individuo y ha desencadenado la lucha.
Que el progreso material es fruto de la esclavitud.
Que las instituciones y condiciones sociales son contrarias a las leyes de la fisiología humana.
Que no hay buenos ni malos instintos en los hombres, sino simplemente satisfacción o insatisfacción de los instintos.
Que la prostitución no existe en el estado natural.
Que la humanidad busca la felicidad, es decir, la armonía.
Que la armonía para la humanidad reside en la naturaleza.

978-84-96044-94-4

folletos